



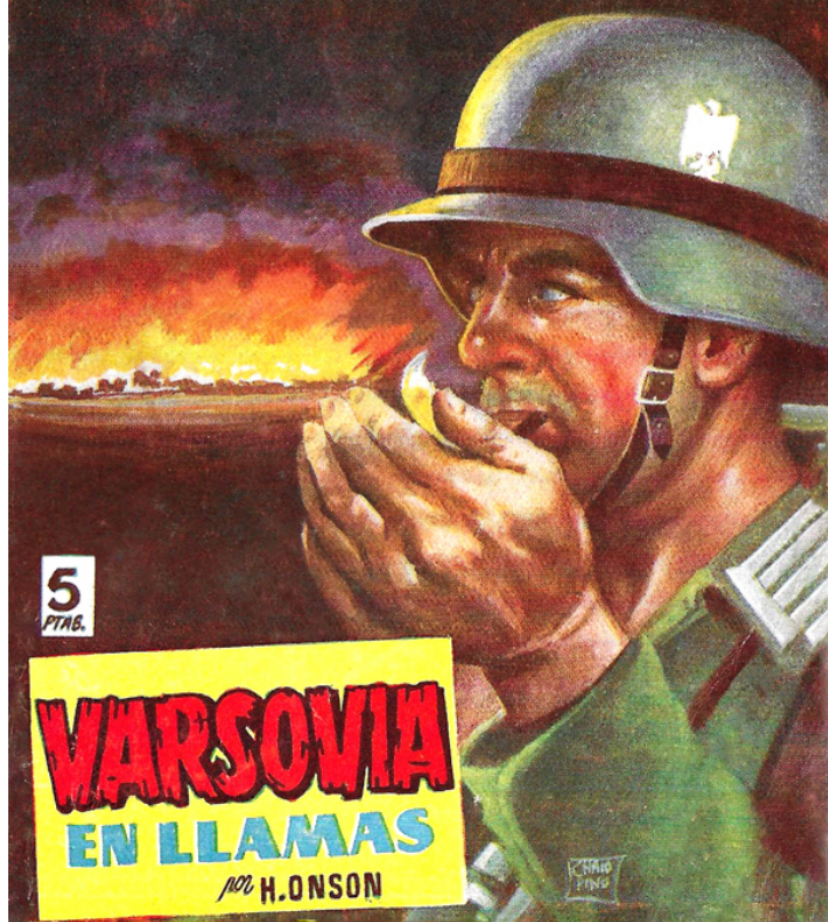
COLECCION

BAZOOKA

5
PTAG.

VARSOVIA
EN LLAMAS

por H. ONSON



VARSOVIA

EN LLAMAS



PETER VON RITCHER STANISLAS STYCHEL



ADVERTENCIA

La sublevación, en Varsovia, del Ejército Clandestino polaco fue un hecho de armas ocurrido en la última guerra, no exento de importancia. De haberle limitado a una acción de la población civil contra los ocupantes, no habríamos incluido el acontecimiento en esta colección. Pero tanto la envergadura de la rebelión como la duración de la misma, la incluyen en una batalla de las que se sucedieron en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

La proximidad de las tropas rusas hizo concebir a los polacos esperanzas de un éxito y se alzaron en Varsovia, confiando en la llegada de los soldados del mariscal Vatupin. Durante sesenta y tres días combatieron ferozmente alemanes y polacos, por la posesión de la ciudad.

El destino de Varsovia seguía cumpliéndose a lo largo de la historia.

CAPÍTULO PRIMERO

AL MARGEN DE LA GUERRA

Hacía frío. Eva se alzó el cuello del abrigo de verano y avanzó por las calles. La gente que se cruzaba con ella le dirigía una breve mirada y seguía su camino. Comenzaba a oscurecer y la proximidad de la guerra hacía que en aquel año de 1943 en la ciudad de Varsovia todos se retirasen cuanto antes.

Eva había concluido su trabajo en las oficinas de la Compañía Suiza de Máquinas de Lavar donde sus servicios y se dirigía a la cita que tenía concertada.

Con ella se cruzaron varios soldados alemanes, aburridos y desambientados, que buscaban un lugar donde divertirse. Uno de ellos la detuvo y preguntó en polaco chapurreado:

—¿No puede decirnos dónde cenaremos?

Eva se encogió de hombros y siguió su camino. Del río llegaba una fuerte corriente de aire y se alzaba una bruma que se iba extendiendo por las calles cercanas.

Al cruzar por uno de los puentes del Vístula, hacia la Stare Miasto[1] de la población, divisó una columna militar que se dirigía hacia la estación, con paso rítmico, la cabeza alta y cantando orgullosamente.

Eva se estremeció, arrebujándose en su abrigo. Pese a ser el mes de julio, las noches eran frescas. La muchacha no prestó atención a la gente que la miraba. Tenía veintisiete años y estaba acostumbrada a que esto sucediera. Alta, bien formada y esbelta, su figura deportiva y elegante llamaba la atención desde que era muy joven. Su semblante sonrosado, de facciones clásicas, ejercía un vivo atractivo en los hombres, que no cesaban de alabar sus ojos, de un azul profundo, ni sus labios, rojos y bien dibujados. Los cabellos

rubios, de un tono de oro viejo, aparecían recogidos en un moño, lo que acababa de darle un aire estatuario que su expresión sincera y decidida rompía.

Cruzó los puentes, encaminándose a, la cita que tenía concertada. Un gendarme le hizo una seña, obligándola a detenerse. Se veían soldados armados y tropas en camiones.

Eva mostró su salvoconducto y el gendarme la dejó pasar después de saludarla. Oyó el comentario de algún paisano que hablaba de un soldado alemán muerto y de un tiroteo acaecido hacía poco. No presto mucha atención, sintiéndose preocupada tan sólo por la cita a la que acudía y temiendo que aquel incidente la impidiese.

El barrio antiguo de Varsovia, con sus calles estrechas y oscuras y sus edificios sucios, no tenía un aspecto agradable Pero la muchacha siguió adelante tranquilamente. Al fin llegó ante un restaurante amplio y profundo.

Eva entró en él, recorriéndolo con la mirada. No parecía encontrarse allí la persona que buscaba y se sentó a una mesa, encargando una taza de té negro. La clientela estaba formada casi exclusivamente por polacos, entre los que se veía algún uniforme alemán.

El amplio mostrador, sobre el que se alzaba una enorme cafetera, se veía atestado de público.

Los camareros, ataviados con trajes antiguos, paseaban de una mesa a otra, sirviendo a la clientela. El humo de los cigarros y el murmullo de las conversaciones formaban una atmósfera densa.

De pronto se abrió la puerta de la calle y un nombre joven, como de veintitrés años, vestido con un impermeable de cuero y cubierto con un sombrero flexible entró en el local, acercándose al mostrador. Eva apenas le miró, manteniéndose atenta a su té. El hombre recorrió el local con la mirada y luego se apoyó en el mostrador. Saco un cigarrillo de un paquete y lo encendió cuidadosamente, agitando la cerilla en el aire.

Segundos después, otro hombre entraba en el restaurante. Era alto y fuerte, de aspecto elegante. Contaría unos treinta y dos años. Vestía un abrigo de cuero, ceñido en la cintura, y lucía el cabello rubio descubierto. Sus facciones distinguidas tenían un sello de energía y de audacia, veladas por una expresión amarga y

reconcentrada. Sus rasgos viriles le hubieran destacado siempre como a un hombre bien parecido. Sus pupilas claras tenían una mirada recta y firme. Su tez curtida indicaba a un hombre acostumbrado a la vida a la intemperie y algo en su persona delataba al militar profesional.

Se acercó a la mesa donde se encontraba la muchacha Sonrió, tendiéndole la mano.

—Hola, Eva.

Ella respondió, crispando los rojos labios:

—Hola, Stanislas.

El recién llegado se sentó a la mesa, pidiendo una consumición. Sentado de cara a la puerta, junto a la muchacha, mantenía la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo. El otro hombre se encontraba en el mostrador, en idéntica posición.

—Perdona si me he retrasado —dijo Stanislas—, pero la policía iba exigiendo documentaciones.

Eva asintió.

—Los he visto. Temí que no vinieras a la cita.

Sonrió el hombre contemplándola con mal disimulada ternura.

—Harían falta muchos soldados para impedir que me reuniera contigo.

La muchacha jugó un instante con el cigarrillo y luego añadió:

—Por Dios, Stanislas, no te expongas inútilmente.

—¿Crees que verte a ti es una cosa inútil?

Eva bajó la vista un instante. Tardó en responder y al fin exclamó:

—Nuestra amistad es lo suficientemente amplia y sincera para que yo comprenda que un día te puede ser imposible venir.

—¿Amistad?

La pregunta de Stanislas fue tan directa que la muchacha no supo qué responder. Luego volvió a decir:

—Al fin y al cabo, soy una extranjera.

El polaco asintió.

—Por suerte, eres una extranjera y, como suiza, no tienes por qué incorporarte a ninguno de los dos bandos. Es una suerte en épocas como ésta, para una mujer, poder mantenerse al margen de todo lo que ocurre.

Eva se encogió de hombros.

—De todos modos, estoy aquí y a ti me une una amistad.

—¿Amistad? —volvió a decir Stanislas.

Por segunda vez, ella no respondió. Cambio de conversación, y mirándole con fijeza, preguntó:

—Cuando esto termine, ¿qué piensas hacer?

Él se encogió de hombros.

—Ante todo, no sé si esto terminará alguna vez y si yo estaré con vida. Pero sí puedo asegurarte que ya no hago planes para el futuro. Yo creí que las circunstancias no podrían truncar mi vida. El capitán Stychel, de la caballería polaca, estaba seguro de sí mismo. Luego estalló la guerra y debí conducir mis lanceros contra los tanques alemanes[2]. Nunca creí que las circunstancias me colocarían en esta situación. No, no pienso trazar planes. Vivo al día y mañana Stanislas Stychel hará lo que las circunstancias impongan.

Eva dudó un instante.

—Si quisieras, podría conseguirte medio de salir de Polonia y marchar a Suiza. Allí podrías rehacer tu vida o marchar con las tropas de Anders[3].

El negó con la cabeza.

—Sigo mi suerte, sin trazarme planes. La realidad de hoy se impone.

CAPÍTULO II

EN GUARDIA

El edificio de la Komandatur [4], una de las construcciones más amplias y más antiguas de Varsovia, se veía rodeado de coches. Las tropas que montaban guardia ante el edificio aparecían nerviosas e inquietas. Se veían demasiados jefes de categoría, capaces de descubrir un detalle molesto en el uniforme de un soldado y cargarle una temporada de arresto. Como buenos veteranos habían adivinado que aquel día iba a resultar enojoso y pulieron sus ropas y los emblemas metálicos hasta que relucieron. Las botas, bien engrasadas, parecían propias de una recepción.

Con los cascos sujetos por el barboquejo, los soldados permanecían inmóviles, fusil al hombro, mientras entraban y salían personajes de importancia.

Un coche de campaña se detuvo, conducido por un soldado robusto y con el semblante curtido por el sol y la nieve, que lucía los emblemas de las tropas de asalto. Saltó a tierra el soldado y abrió la portezuela. Un oficial alto y esbelto, de aire distinguido e irreprochable uniforme, apareció, seguido por otro oficial más joven y de aspecto deportivo.

El primer oficial devolvió con marcialidad el saludo del chofer y se dirigió hacia la Comandancia. Sus botas relucían y el uniforme aparecía bien cortado y entallado a su atlética figura. En las hombreras lucía los emblemas de teniente coronel. La gorra galoneada cubría sus cabellos rubios y sombreaba el semblante curtido de enérgicas y viriles facciones. Su mandíbula aparecía agresiva y dominante. Sus pupilas grises tenían una mirada altiva y recta. Una cicatriz le corría desde la sien a la barbilla, recuerdo de algún combate. Contaba tan sólo treinta años y mandaba el batallón

de choque destinado en Varsovia. Su nombre Peter von Ritche, representaba el de una antigua familia de junkers prusianos, militares todos, y también el de un héroe de todas las campañas realizadas por el ejército alemán en aquella guerra. Había comenzado la guerra de teniente, pero pronto se distinguió y recibió medallas y heridas. Los ascensos no se hicieron esperar, pero su carácter no varió en lo más mínimo, y así como el teniente von Ritche había sido uno de los oficiales más alegres y más elegantes de la sociedad berlinesa, el teniente coronel von Ritche seguía en campaña conservando sus ropas bien cuidadas y sus aristocráticos ademanes. El batallón que mandaba le hubiera seguido al infierno, y no había soldado que no se sintiera orgulloso de obedecerle.

Le seguía su capitán ayudante, Schulz, de veintitrés años, que era tan sólo cadete cuando estalló la contienda. Pero había realizado una buena carrera y se sentía satisfecho.

Un oficial de Estado Mayor saludó a Peter en el interior del edificio. Von Ritche se quitó la gorra y preguntó:

—¿Me han llamado para notificarme el traslado?

—No, señor. Se trata de una importante reunión. El general le espera.

Peter torció el gesto y entró en una vasta sala, cubierta de planos de la ciudad y en la que se habían reunido los jefes de todas las unidades de la guarnición. Ritche se cuadró ante su general, un hombre de mediana edad, erguido y brusco. Una vez se hubo sentado, mientras el general Schellenberg se disponía a hablar, Peter examinó a los coroneles y tenientes coroneles allí reunidos. Junto al general se veía a un oficial corpulento y de cara agria. Era el coronel Haller, jefe de la policía. Al otro lado se veía a un mayor de expresión gris y mirada perdida, que lucía el uniforme del Estado mayor.

Se trataba del mayor Gentzel, jefe del servicio secreto, encargado de mantener la cohorte de espías, contraespías, agentes provocadores y confidentes, repartidos por toda Varsovia.

El general carraspeó y comenzó a decir:

—La situación de la guerra en el frente oriental no es de las más halagüeñas para nosotros. Las tropas rusas van avanzando sobre Polonia y es de esperar que conforme se encuentren mucho más cerca de Varsovia, la situación aquí resulte más difícil. Las fuerzas

del Ejército Clandestino estarán preparadas para alzarse en el momento en que los rusos se hallen a suficiente distancia para ayudarles. Sabemos que han recibido bastante material por avión y que entre los elementos del Ejército Clandestino existe una gran inquietud. Por otra parte, esta inquietud se adivina en el ambiente. El general Bor-Komorowski, jefe polaco, debe prepararse para un levantamiento. Es de esperar que los atentados y los actos de sabotaje aumenten. Nuestra situación, tan cerca de un frente que se va aproximando, nos convierte en eje de las comunicaciones. Es preciso que evitemos, como sea, que los sabotajes y los atentados puedan impedir que el transporte de tropas, de víveres o de municiones, quede interrumpido. Vigilen sin descanso y tengan sus fuerzas preparadas para cualquier acontecimiento. En caso de levantamiento, a cada uno se le indicaría un sector de la ciudad, con excepción del teniente coronel von Ritcher, que marcharía con su unidad hacia el lugar de más peligro o por el que fuera preciso atacar. Pero todos abandonaremos la parte vieja de la ciudad, para retirarnos hacia las afueras. Luego cargaríamos sobre la población. No nos interesa dejar focos de resistencia que mermarían nuestros números y resultarían sacrificios inútiles. —Hizo una pausa el general y luego añadió—: El mayor Gentzel les dirigirá la palabra.

El inescrutable oficial se puso en pie y comenzó a decir:

—Los agentes y los confidentes que poseemos entre las fuerzas clandestinas polacas nos informan de que entre ellos existe una gran actividad. Se esperan acontecimientos de un momento a otro y que han recibido numeroso armamento. El general Bor-Komorowski parece encontrarse en Varsovia, pero nada hemos conseguido aún. También nos interesa localizar a un coronel polaco que recibe el sobrenombre de «coronel S. S.». Éstos son los datos que poseemos y que nos confirman que de un momento a otro, según los acontecimientos de la guerra, el alzamiento de las tropas clandestinas se desarrollará.

Calló el mayor Gentzel y el general dijo, cerrando la reunión:

—Recibirán oportunamente las órdenes que deben seguir. Diariamente, tres veces, se pondrán en contacto con esta Comandancia, para prevenirles de cualquier novedad. Buenos días.

Los oficiales se pusieron en pie, disponiéndose a partir. Ritcher se acercó al general, cuadrándose. Éste Sonrió, tendiéndole la mano.

—Hola, Peter —dijo familiarmente—. Aunque casi no me atrevo a tratarte con tanta confianza. Eres todo un teniente coronel. ¿Has tenido carta de tu padre?

—Sí, mi general. Sigue al mando de su cuerpo de ejército en Rusia. Quisiera volver allí, señor.

Schellenberg movió la cabeza.

—He visto tu solicitud, pero no puedo atenderla, Varsovia, ya lo has oído, es de gran importancia para nosotros. Esto es casi el frente y me interesa tenerte aquí. Te has especializado en golpes de mano y en descubiertas. Eres un oficial práctico en operaciones peligrosas y esto de aquí va a ser precisamente la clase de guerra que tú conoces. No, Peter, no estás en retaguardia.

Ritcher suspiró.

—Como ordene, mi general. Pero no me gusta hacer de policía.

El coronel Haller, que había escuchado la conversación, exclamó:

—Pronto no será cosa de la policía, Ritcher, sino de los soldados. ¿No percibe usted algo raro en el ambiente?

Peter asintió.

CAPÍTULO III

BAJO LAS SOMBRAS DE LA NOCHE

Varsovia descansaba bajo el cielo encapotado. La luna se había ocultado tras las nubes y una espesa oscuridad se cernía sobre la población. A lo lejos, hacia la frontera rusa, se extendían los caminos de la guerra y en la noche silbaban los trenes que transportaban tropas.

En las afueras de Varsovia, fuera del camino seguido por las patrullas, se extendía un bosque espeso y tupido. Los senderos obligaban a marchar en fila india, o desperdigados por entre los árboles. Era fácil tender una emboscada, pero de vez en cuando las tropas alemanas daban batidas por él, en busca de partisanos o de fugitivos.

Tres hombres aparecían tendidos en el suelo, con el fusil al brazo. Sus ropas de paisano les delataban como a miembros del Ejército Clandestino Polaco.

Los tres hombres permanecían en silencio, con la vista fija en la lejanía. Algo más lejos, otros tres montaban guardia tras una gruesa encina.

Los puestos de vigilancia se iban extendiendo, de modo que pudieran dar la voz de alarma ante cualquier peligro.

En el bosque se alzaban los contornos de un vasto y sombrío edificio. Semejaba una alquería abandonada. En la puerta, dos hombres con metralletas al brazo paseaban en silencio, atentos a cualquier señal de peligro.

En el interior del edificio aparecían reunidos un gran número de hombres. La sala, iluminada con faroles de petróleo, aparecía herméticamente cerrada, sin que por una sola abertura se filtrase el resplandor de las iluminaciones.

La gente que allí se reunía era de muy distinta condición. Algunos eran entrados en años, de aspecto rudo y decidido, como si fueran obreros de las fábricas o campesinos de los contornos de Varsovia. Otros semejaban empleados de distintas empresas. Uno destacaba por sus elegantes ropas y por sus ademanes distinguidos.

Sobre los abrigos e impermeables lucían cruzadas unas cartucheras y al hombro ostentaban un fusil o una metralleta.

Otros eran jóvenes y vigorosos, y algunos, en bastante número, casi niños. Pero todos tenían la expresión decidida y enérgica.

En el centro de la sala se encontraban tres hombres. Uno de ellos era Stanislas Stychel. A su derecha se encontraba Noraczewski y a su izquierda un hombre endurecido y de cabello gris. Era un antiguo suboficial de ulanos, obrero metalúrgico durante la paz. Se llamada Dmowaki.

Éste anunció, con voz acostumbrada a mandar:

—El coronel S. S, les va a pasar revista. Prepárense.

Luego hizo una inclinación de cabeza hacia su superior.

—Gracias, mayor.

Stanislas se fue acercando a los hombres y examinando el armamento. Con ademán natural, le mostraban el fusil o la metralleta y luego la dotación que poseían. Stychel iba corrigiendo los defectos que hallaba o felicitaba al hombre cuyo armamento estaba en regla.

Dmowaki reprendía a los jefes de compañía, según las observaciones del coronel.

Stanislas, por alguna razón, iba recordando el cambio de su vida en aquellos años. Durante la breve, pero alucinante campaña de Polonia, había conocido al suboficial Dmowaki, voluntario de la primera hora. Su ímpetu y su decisión le impresionaron. Luego, vencido y disperso el ejército, cuando comenzó la organización de las tropas clandestinas, que en un principio tan sólo fueron bandas de desesperados o de merodeadores, consiguió localizar de nuevo al suboficial. Poco a poco, ambos fueron ganando en graduación y experiencia. Entonces Dmowaki era mayor y su segundo en el mando de aquel grupo de combatientes.

Parecía acercarse la hora tan esperada del alzamiento contra las tropas de ocupación. Pero existía tan sólo una nube en el alma de Stanislas. La sublevación podía tener mal resultado o podía ser una

aventura en la que nadie supiera lo que exponía. ¿Qué sería de Eva?

Se pasó la mano por la frente, para alejar aquellos pensamientos. Tan sólo el deber debía importarle. Lo demás, nada tenía en común con ellos. Eran miembros de un ejército y en su disciplina debían vivir.

Una vez pasada revista a la tropa, se colocó en el centro y contempló a sus subordinados.

—Muchachos —comenzó a decir—, ya sabéis, porque se nota en el ambiente, que las fuerzas rusas van avanzando hacia Polonia. El corazón de nuestra patria es Varsovia, y nos interesa ocuparla nosotros antes de que ellos lo hagan. Por tanto, cuándo se vayan acercando hacia la frontera de Polonia, nos levantaremos en armas y ocuparemos la capital. Luego reuniremos a todas las fuerzas de partisanos de Polonia, para formar un nuevo ejército. La hora se acerca. Estad preparados. Durante este tiempo, es posible que los actos de sabotaje y los atentados se incrementen. Casi todos tenéis experiencia en estos menesteres, pero es preciso que lo conozcáis más a fondo.

Hubo un largo silencio, y al poco rato un hombre enjuto, vestido con una pelliza, dio un paso al frente.

—Hable usted, capitán —invitó Stychel.

—Mi coronel, contamos con fusiles y con armas automáticas ligeras, que nos serán muy útiles para los atentados y combates cuerpo a cuerpo. Pero en caso de sublevación, necesitaremos material pesado y armas de acompañamiento. Supongo que ya habrán pensado en esto, pero creo mi obligación decirlo.

Stanislas asintió.

—Está previsto. Existe este armamento y todo está dispuesto para el reparto en el momento preciso. Recordad que se os hizo aprender su manejo.

El capitán inclinó la cabeza y respondió:

—Gracias mil, mi coronel.

Stychel siguió diciendo:

—La guarnición de Varsovia no se compone, como hace tiempo, de tropas de orden público y de policía tan sólo. El mando alemán, que conoce su oficio, ha comprendido la difícil situación en que les colocaría un avance ruso y la han reforzado con tropas de primera línea, incluyendo un aguerrido y veterano batallón de choque. Éste

es el que más nos debe preocupar. Son hombres acostumbrados al cuerpo a cuerpo y a los ataques por sorpresa. En una ciudad, lucharían con la misma ventaja que nosotros. Por otra parte, su jefe, el teniente coronel von Ritcher, tiene una bien cimentada fama de valiente y de audaz. Parece ser que enseña a sus tropas a conocer a fondo la ciudad, para que nada les pueda fallar. Debemos tener cuidado con ese hombre. Procurad reconocerle enseguida.

Otro oficial dio un paso al frente.

—¿Cómo podemos hacerlo, mi coronel?

—Se llama Peter von Ritcher. Será algo más joven que yo. Alto, fuerte y deportivo. Es un hombre sereno, que no altera nunca la expresión de su cara. Procurad ir a presenciar la instrucción de sus tropas o el cambio de guardia. Está siempre allí. Grabad sus facciones en la memoria, para cuando se dé la orden de que hay que suprimirlo.

Todos asintieron en silencio. Por la mente de los hombres allí reunidos pasó la imagen de ellos mismos luchando en plena calle y combatiendo contra los invasores.

Stanislas añadió:

—Ahora regresad a vuestras casas y estad preparados.

CAPÍTULO IV

INTERMEDIO SENTIMENTAL

El domingo lució un sol de verano.

Los árboles alzaban hacia el cielo sus verdes ramas. Nada parecía indicar que las tropas luchaban y se mataban allá lejos. Tan sólo de vez en cuando se oía un lejano y apagado rumor. Eran los cañones de grueso calibre.

Stanislas y Eva avanzaban por el bosque, mirándose y riendo. Habían decidido abandonar Varsovia aquel domingo e ir a descansar al campo.

Eva sonreía, mirando el panorama.

—Es muy distinto a Suiza —dijo.

Stanislas asintió.

—Polonia no se parece a ninguna de las tierras que la rodean. Tal vez tan sólo a las zonas fronterizas de Prusia Oriental y de Rusia. Pero es distinta. Tiene algo que a nosotros también nos hace distintos.

La muchacha asintió.

—¿Y dónde vamos a comer?

—Hay por aquí cerca un parador, donde estaremos bien.

Eva dudó un instante.

—¿No sería preferible irnos a comer al campo?

Pero él insistió.

—Estaremos mejor allí.

Siguieron un instante en silencio, como si ella se hubiera molestado por la terquedad del joven. Al poco rato la muchacha sonrió.

—Estoy convencida de que estaremos muy bien.

El asintió.

—Seguramente para ti serán extraños los platos polacos, pero allí los condimentan muy bien. Y si te quedas en Polonia debes aprender a que te gusten.

Eva rió.

—Por suerte, en la pensión son suizos y seguimos comiendo como en casa.

El joven quedó un instante silencioso.

—En casa —repitió.

De pronto, por la carretera se vio avanzar una columna motorizada alemana. Los soldados iban cantando, sentados en los vehículos. Stanislas les contempló en silencio y, mordiendo las palabras, exclamó:

—Pronto os echaremos de Polonia.

Eva se volvió hacia él, sorprendida. Stychel sonrió, como si quisiera hacer olvidar lo que había dicho.

Llegaban ya al parador, un antiguo edificio situado entre unos árboles, no lejos de la carretera. La propietaria, una anciana sonriente y decidida les instaló en una mesa, disponiéndose a servirles la comida. El camarero acudió pronto.

Entre la clientela se veían un par de oficiales alemanes y algunos soldados que charlaban con unas muchachas.

Stanislas quedó silencioso. Tomaron unas copas de licor y luego sirvieron la comida. Rieron los dos jóvenes, hablando animadamente, como si nada sucediera. Pero se advertía en sus actitudes que algo se había interpuesto entre los dos. Tanto Stanislas como Eva parecían preocupados y nerviosos, ajenos en parte a su mutua compañía.

De pronto, Stanislas propuso:

—Demos un paseo, ¿te parece?

Se alejaron los dos jóvenes del parador, en silencio. Stanislas encendió un cigarrillo y contempló la llanura cubierta de verdor que se extendía a lo lejos. Tan sólo se veían prados, prados y árboles que rodeaban las casas. Pero en ellas se ocultaban sus hombres y los grupos de partisanos que hostigaban a las tropas alemanas.

Se volvió luego para contemplar Varsovia. Los techos de los edificios se alzaban hacia el cielo. Las cúpulas tan conocidas de la catedral de San Juan se destacaban sobre todas las demás.

Aquél iba a ser su campo de batalla.

Se volvió hacia la muchacha, dándose cuenta de que ella le estaba mirando. Aquellos ojos azules le llegaron al corazón. Volvió a sentir la emoción que experimentó el primer día que había visto a Eva.

Ella quizás adivinó lo que estaba sintiendo, porque sonrió, apoyando la mano en el brazo del joven.

Tomó la mano Stanislas y exclamó:

—Eva, yo no sé lo que va a ocurrir.

—¿Por qué lo dices?

Él se encogió de hombros.

—La guerra es una aventura y nadie sabe cómo va a concluir.

Tras una breve pausa, como si quisiera recalcar bien las palabras, la muchacha añadió:

—Pero tú no estás en la guerra. Ésta concluyó para ti.

Él desvió la conversación.

—En Polonia hay guerra y no es fácil saber lo que va a ocurrir. Por tanto, hay una cosa que quisiera que supieras por si algo ocurre.

Eva alzó la cabeza, entre curiosa y asustada.

—¿Qué es?

Stanislas estrechó con más fuerza la mano de La muchacha, y después dijo:

—Eva, no es difícil darse cuenta de lo que me ocurre. Me he enamorado de ti.

Eva clavó en él sus pupilas azules, llenas de ternura.

—¿Es cierto eso?

—Sí, Eva —respondió él, acercándose—. Te quiero con toda mi alma.

La muchacha le contempló en silencio, y luego, alzando los brazos, murmuró:

—Stanislas, amor mío.

Se abrazaron apasionadamente, mientras ella apoyaba la cabeza en el hombro del joven. Stychel la besó en las mejillas, mientras murmuraba:

—Quisiera ofrecerte lo mejor del mundo y nada puedo decir ni pensar acerca del futuro.

La muchacha le besó en la boca, añadiendo:

—No hables del futuro. Tienes razón. La guerra es una aventura

incierta.

Muy juntos regresaron al parador. Permanecieron sentados ante la mesa, mirándose a los ojos y sonriendo. Tenían las manos enlazadas y todo era ajeno a ellos.

—Por suerte —volvió a decir el joven— tú perteneces a una nación neutral y nada de esto puede afectarte.

Ella le reconvino cariñosamente:

—Hemos decidido no hablar para nada del futuro ni de las circunstancias actuales. Recuérdalo.

Asintió el joven y de improviso se endurecieron sus pupilas. Ella, instintivamente, siguió la mirada de Stychel. Noraczewski había llegado al parador, en un coche pequeño. Sonriendo, se acercó a la mesa y saludó a los dos jóvenes.

—Qué casualidad encontrarles aquí —dijo.

Stanislas asintió.

—¿Qué tal?

—He venido a buscar a un primo mío y regreso a; Varsovia. Si quieren, les llevo conmigo.

Stychel asintió.

CAPÍTULO V

ANTE LA REALIDAD

El ordenanza, a una seña del mayor Gentzel, abrió la puerta. El militar esbozó una leve sonrisa y se puso en pie tendiendo la mano.

—Siéntese, señorita.

Eva dio las gracias con una inclinación de cabeza y obedeció. El despacho del jefe del servicio secreto aparecía en penumbra. La calle seguía bullendo de transeúntes y de curiosos. Pero hasta aquella habitación todo quedaba velado y oculto, como si el misterio en el que trabajaban les aislara del mundo.

El mayor Gentzel se limpió una mota de su pulcro uniforme y luego preguntó:

—¿Deseaba usted verme?

Eva tardó unos instantes en responder.

—Sí —dijo al fin—. Tengo informes importantes que revelarle.

Gentzel tomó una cuartilla y una pluma, disponiéndose a anotarlos.

—Diga, señorita. Yo mismo haré las anotaciones. No quiero que nadie la vea aquí. Está desarrollando un trabajo muy útil.

Eva se volvió para contemplar los muebles sencillos de aquel despacho y se dijo que aquello era la realidad. Tan sólo aquella habitación sencilla y austera era la que contaba.

—Sé que las fuerzas clandestinas preparan algo importante.

Gentzel asintió, añadiendo:

—Vamos por partes. Ante todo, ¿cómo lo sabe?

Ella, con el rostro impassible, explicó:

—Estuve durante todo el día en compañía de Stanislas Sychel. Hablamos y me dio a entender que se aproximaban acontecimientos.

Gentzel hizo unas anotaciones y volvió a preguntar:

—¿De qué clase? Pueden ser atentados o recrudecimiento de los actos de sabotaje.

Ella negó con la cabeza.

—Me inclino a creer que se trata de algo de más importancia.

Gentzel asintió.

—¿Un alzamiento, entonces? Interesante.

—Recuerde —interrumpió Eva— que es tan sólo una impresión mía.

—Sus impresiones han sido siempre muy útiles. Y no es descabellada la idea de un levantamiento.

—Hay algo más —continuó ella, refiriendo el interés de Stanislas por permanecer en aquel parador y la inesperada aparición de Noraczewski para llevárselo a Varsovia.

Gentzel encendió un cigarrillo, después de haberle ofrecido otro a Eva, y quedó un instante silencioso.

—Es interesante este dato —dijo al fin—. Teníamos por otro conducto confidencias de que se esperaba la llegada de un jefe de importancia. Aunque no sabemos exactamente qué jefe es el que llega. No sabemos si es el general Komorowski o el coronel S. S. —Hizo una nueva pausa y luego preguntó:

—¿No tiene usted idea?

Eva negó con la cabeza.

—No, ni tampoco he llegado a identificar a este coronel.

Gentzel jugueteó un instante con la pluma, y luego exclamó:

—Desde luego, no es más que un cálculo o, mejor dicho, una suposición, pero ¿no podría ser el coronel S. S. su amigo Stanislas Stychel? Tiene las mismas iniciales.

Eva, sin alterarse, se encogió de hombros.

—Lo ignoro.

—Bien, de todos modos le dejaremos en libertad, y procure usted ir averiguando lo que pueda. Su trabajo sigue siendo tan magnífico como de costumbre.

Eva, en su piso, concluyó la taza de té negro que había pedido como cena y se tendió en el lecho. Tan sólo deseaba cerrar los ojos y esperar que se desarrollaran los acontecimientos. Su voluntad para nada, contaba, impulsada por dos fuerzas distintas, como eran el deber y el amor.

Había llegado a Varsovia como agente del servicio secreto de su país, haciéndose pasar por suiza. Había estudiado en dicho país, y luego, por medio del servicio secreto, consiguió un empleo en Lucerna. Allí había iniciado su carrera de agente. En realidad era una espía. Nunca hasta entonces se había, repetido la palabra infamante, pero en aquel momento se daba cuenta de lo que verdaderamente era.

Al estallar la contienda, quiso servir a Alemania de algún modo y le pareció que ingresar como enfermera o como telefonista de las fuerzas armadas no bastaba. Había muchas mujeres capaces de hacerlo. Pero ella pertenecía a una familia de soldados y quería servir como uno más. No tenía miedo y era inteligente. Se ofreció al Abwehr[5]. Sus familiares le habían aconsejado que no lo hiciera, pero ella se obstinó. Una vez ingresada, estos mismos familiares, soldados todos ellos, le recordaron que el deber era algo que estaba por encima de toda consideración personal. Desde Suiza, una vez descubierta una red de espionaje, marchó a Francia y luego a los Balcanes. Por último la enviaron a Varsovia con el encargo de descubrir todo cuanto se relacionara con el Ejército Clandestino.

Le habían dado una documentación suiza y un empleo en una empresa de dicha nacionalidad, para cubrir apariencias. Lo demás quedaba en sus manos. El mayor Gentzel la conocía de antiguo y le tenía muchas consideraciones.

Le dejó también libertad completa en sus movimientos, recordándole que siempre había sabido triunfar. Con los informes que le había proporcionado el Abwehr, Eva fue relacionándose con los nacionalistas.

La lucha se establecía en iguales condiciones. Si ella era un agente que encubría su personalidad, ellos también ocultaban la suya, y mientras simulaban ser simples empleados o trabajadores escondían el arma ofensiva en su casa, esperando la llegada del momento de atacar al enemigo. Los actos de sabotaje y los atentados se sucedían de continuo. Eva no tuvo escrúpulo en luchar contra aquellos civiles que habían declarado la guerra a los soldados de su patria.

Un día conoció a Stanislas Stychel. Adivinó que era algún personaje de importancia en las filas enemigas e intimó con él. Stanislas no ocultó sus opiniones. Pero conforme iban intimando,

Eva se daba cuenta, aunque no quería reconocerlo, de que se iba enamorando de aquel hombre. Luchó desesperadamente contra este sentimiento. Él lo comprendió, también la quería. Y aquella tarde se habían confesado su mutuo amor.

Hubiera debido decirle que no le amaba, pero carecía de fuerzas para hacerlo. Y, sin embargo, le había delatado una vez más a sus superiores.

Quizás el mayor Gentzel decidiera capturarlo, y entonces, con su declaración, sería internado en un campo de prisioneros o quizás fusilado como francotirador [6].

Se cubrió la frente con las manos. ¿Qué podía hacer? ¿Hubiera sido preferible que se separara de Stanislas, dejando que él la olvidara, para pedir otro destino? Esto hubiera equivalido a desertar. ¿O debía haber callado lo que él le descubrió? Eso hubiera equivalido a una traición. Desesperada, hundió la cara en la almohada, rompiendo a llorar.

CAPÍTULO VI

PREPARATIVOS

Stanislas avanzaba por el estrecho corredor, guiado por un hombre alto y musculoso, embutido en su impermeable de cuero. Había tenido que mostrar su documentación y dar la contraseña para que le dejaran pasar.

Al fin llegaron a una amplia bodega, a cuya puerta montaban guardia dos hombres con ropas de paisano empuñaban armas automáticas.

El acompañante de Stychel saludó al jefe de la guardia y anunció:

—Coronel S. S.

El jefe de la guardia comprobó la identidad del recién llegado y luego sonrió, como excusándose:

—Es preciso tomar muchas precauciones.

—Lo comprendo —dijo Stanislas.

Poco después entraba en una amplia bodega mal alumbrada. Varios hombres se habían reunido allí.

Vestían todos ropas de paisano, luciendo algunos abrigos con cuello de piel, raídos por el uso, o impermeables de cuero. Todos ellos mostraban las señales en el rostro de una vida activa e intensa, llena de peligros. Jóvenes o de mediana edad, tenían todos en común el gesto duro y la mirada recta, llameante.

Sus ropas tampoco compaginaban a veces con las facciones distinguidas de sus rostros. Muchos de ellos, que lucían trajes deteriorados, tenían rasgos elegantes.

En el centro se veía a un hombre enjuto, de piel tostada y cabello claro, expresión serena y fría y aire decidido. Era el general Bor-Komorowski, y los hombres que componían su estado mayor,

jefes de unidad en su mayoría.

Stanislas se sentó en un cajón, tal como le habían indicado. El general se puso en pie y carraspeó. Luego fue diciendo:

—Las circunstancias pueden favorecernos o perjudicarnos, según nosotros nos comportemos.

Su voz seca y clara infundió una ola de entusiasmo a sus seguidores. Aquel hombre era un militar profesional. Teniente coronel cuando estalló la invasión de Polonia, había sido un oscuro jefe de regimiento olvidado entre los centenares de unidades que combatían en el doble frente contra los alemanes y los rusos. Al concluir la campaña consiguió escapar a los campos de prisioneros y comenzó a preparar la lucha clandestina. Poco a poco sus hazañas fueron nimbando su figura de una aureola de heroísmo, y el Gobierno exilado en Londres tuvo noticias de la existencia del coronel Bor-Komorowski. Le dieron el mando de las fuerzas en Varsovia. Su actuación durante aquellos años había sido una continua sucesión de fugas y de heroísmos, hasta reunir te dos los grupos que actuaban en aquella zona.

Ni su figura ni su aspecto daban a entender su valor y su decisión.

—Tenemos —dijo— órdenes concretas de anticiparnos a los rusos y conquistar Varsovia para presentar un ejército polaco junto a las tropas aliadas. Las fuerzas del general Anders serían transportadas a Polonia[7]. Pero debemos actuar antes de que los rusos crucen la frontera polaca. Por tanto, he decidido que nos sublevemos contra las tropas de ocupación.

Hubo un movimiento de entusiasmo entre los que le escuchaban. Ninguno pensaba en los peligros que iba a arrostrar. Si el general lo ordenaba, a la salida asaltarían la Komandatur.

—Contamos con abundante material —continuó Bor-Komorowski— y con suficientes voluntarios. Es de suponer que una vez alzados, gran parte de la población se unirá a nosotros, por lo que interesa contar con armas para ellos. No debemos pensar en los depósitos de armas alemanes, puesto que el general Schellenberg tendrá tomadas sus medidas para caso de que nos quedemos con la ciudad. El día del levantamiento —continuó tras una pausa— se concentrarán en Varsovia los grupos de partisanos que actúen en las cercanías de la ciudad. El resto debe intensificar su lucha contra las

tropas enemigas, para impedir que vengan refuerzos en ayuda de la guarnición. Asimismo, durante los días que faltan, unos grupos realizarán varias actuaciones, encaminadas a entorpecer la represión del levantamiento. Les daré órdenes concretas, pero puedo indicarles que entre estos actos está el atentado contra el jefe del ejército alemán. —Hizo otra pausa y añadió—: Me repugna tanto como a ustedes, pero es preciso aniquilarle. Se trata del teniente coronel von Ritcher. Sus tropas han resultado muy eficaces en la persecución de nuestros hombres y es preciso impedirlo. Creo que el coronel S. S. debe encargarse de mandar estos grupos.

Stanislas asintió con una inclinación de cabeza.

—Haré cuanto me ordene, señor general.

Bor-Komorowski continuó:

—La fecha del alzamiento será el 1 de agosto. Nuestro objetivo es paralizar a la guarnición alemana, por lo que, ante todo, es preciso cortar toda comunicación por el Vístula y después ocupar las estaciones ferroviarias. El alzamiento comenzará en el centro de la Stare Miasto, es decir, exactamente en la plaza del Mercado, en la plaza de Piekielko y en la catedral. Desde allí partirán hacia los dos lugares indicados anteriormente. Para cortar el Vístula por la calle de Svelna y por el puente de Alejandro los que vayan al barrio de Praga[8]. El primero estará al mando del mayor H. [9] y el segundo, que deberá encargarse de la defensa de todo un barrio, del coronel S. S.

Los señalados asintieron, tomando datos en una cuartilla. Luego el general continuó:

—Las fuerzas del coronel «Mañana» marcharán hacia la Nowe Miasto, por la calle Miodewa[10]. El mayor «Noche» se encargará del barrio de Cracovia, por la plaza de Sajorna. El mayor Bolis avanzará hacia el Nowy Swiat[11] y por la avenida Ujazdow. Tengan en cuenta que en estos barrios más modernos será muy difícil vencer a los alemanes, que, al ser más amplias las calles, podrán desplegar mejor sus tropas. Por esta razón, haremos punto fuerte de los barrios antiguos, estableciendo allí nuestras bases. De estos barrios modernos se encargará el coronel «Wladimir».

Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Hay alguna pregunta?

Stanislas se puso en pie.

—Desearía saber si hemos de luchar hasta que los alemanes abandonen Varsovia o existe algún convenio para recibir ayuda.

El general asintió.

—Existe un convenio, muy vago, acerca de ayuda. Como les he dicho, se trata de desembarcar las fuerzas del general Anders. Por otra parte, es preferible que contemos con expulsar a los alemanes y poder reunir en Varsovia a todos los grupos de partisanos. Tengan en cuenta que Varsovia es eje de comunicaciones y que, al cortar éstas, los alemanes no podrán enviar tropas a combatir contra los rusos. Sí se encuentran entre dos fuegos, deberán rendirse, lo que no es fácil, o intentar salvar el mayor número de fuerzas, evacuando el sector. Nada más. Tengan presente lo que han de hacer y dividan sus fuerzas de modo que no falle el golpe. Tengan presente que se trata de la suerte de Polonia.

CAPÍTULO VII

ANTE LA MUERTE

Peter tarareaba una canción, sentado en el interior de un coche de campaña. La noche se extendía sobre Varsovia. A causa de la proximidad del frente, el alumbrado público estaba apagado, pues los aviones rusos bombardeaban con frecuencia. A través de las calles oscuras, el coche corría en dirección al alojamiento del teniente coronel.

Jüp, el hercúleo ordenanza, guiaba el vehículo, silbando alegremente. Junto a Peter, el capitán Schulz, su ayudante, permanecía silencioso. El joven oficial estaba preocupado. No le gustaba aquel servicio, pero como su jefe, obedecía órdenes. Por otra parte, se daba cuenta de que se avecinaban hechos importantes y sentía no estar en primera línea.

Hubiera querido ser como su jefe, que jamás dejaba entrever sus pensamientos y que jamás alteraba su serenidad.

Como cada noche, regresaban al cuartel después de haber permanecido con otros oficiales en un club nocturno de las afueras.

De vez en cuando, el resplandor del cigarrillo que fumaba iluminaba el rostro del teniente coronel von Ritcher.

El ruido del motor se alzaba en el silencio de la noche, avanzando hacia el interior del barrio dónela se alzaban los cuarteles.

Stanislas, oculto tras una esquina, se humedecía los labios. En el fondo del bolsillo de su impermeable de cuero guardaba la pistola.

Stychel recorrió con la vista a los hombres, diez en total, que se hallaban a corta distancia, apostados tras las casas. Otro grupo, algo mayor, se encontraba distribuido de modo que advirtieran la llegada de cualquier patrulla alemana.

Era el momento elegido para preparar el atentado contra el teniente coronel von Ritcher. Stanislas sentía cierta repugnancia por aquel trabajo, pero recordaba las palabras del general. Era preciso que aquel oficial no siguiera capturando grupos de partisanos.

El capitán Noraczewski permanecía a su lado, inmóvil y silencioso. Sabían los polacos que el coronel pasaba por allí cada noche y que, como si quisiera desafiar un posible peligro, jamás alteraba o variaba su camino.

Un partisano se acercó, diciendo:

—Señor coronel; ya se acerca.

Stanislas se inclinó hacia su subordinado.

—¿Estáis seguros de que se trata del coronel von Ritcher?

—Es un coche de campaña alemán. No podemos equivocarnos.

—De acuerdo.

Stanislas se acercó a la calzada y vio cómo el vehículo avanzaba a toda velocidad. Sus hombres se apostaban, amartillando las armas. Un carro tirado por un caballo viejo cruzó la calle en aquel momento y pareció romperse una rueda. Quedó detenido, impidiendo el paso, al tiempo que el carretero simulaba batallar con el carruaje.

Jüp se volvió hacia Peter, diciendo:

—Hay un carro detenido.

—Bueno —respondió el joven—. Párate y pregúntale si podemos ayudarle.

El ordenanza frenó el vehículo y sacó la cabeza por la ventanilla. En mal polaco, preguntó:

—¿Podemos ayudarle? ¿Qué le pasa?

El hombre simuló no oírle y dio la vuelta, colocándose detrás del carro.

Stanislas hizo una seña con la mano y un partisano oprimió el gatillo de una metralleta. Tableteó el arma, rociando el coche de plomo.

Jüp lanzó un gruñido y exclamó:

—Nos atacan, mi teniente coronel.

Abrió la portezuela del coche y se deslizó fuera, empuñando la pistola ametralladora que tenía a su lado.

Schulz desenfundó la automática, disponiéndose a hacer frente a los asaltantes. Peter se limitó a decir:

—Parapetémonos detrás del coche.

Los otros partisanos empuñaron las armas, comenzando a hacer fuego sobre el coche. Stanislas les animó en voz alta:

—Vamos, muchachos. Acabad cuanto antes.

Ritcher salió del coche sin quitarse el cigarrillo de los labios. Las volutas de humo iban ascendiendo hacia el cielo y el resplandor del cigarro iluminaba su semblante. Pistola en mano, se parapetó detrás del coche y comenzó a hacer fuego. Schulz, a su lado, seguía disparando sobre los asaltantes, a los que no veía.

Los partisanos avanzaron desperdigándose para ofrecer menos blanco. Se ocultaron tras las esquinas y los accidentes del terreno. Era preciso acabar cuanto antes con el teniente coronel, pues los disparos atraerían la atención de la patrulla alemana.

Stanislas distinguió la figura esbelta y elegante de Ritcher, embutido en su capote y cubierto por la gorra militar. El cigarrillo pendía de sus labios, descubriéndole con el resplandor, pero él seguía haciendo fuego, como si se encontrara en unas prácticas de tiro.

De improviso un partisano se desplomó, lanzando un grito de dolor, Jüp enfiló la pistola ametralladora sobre una esquina y oprimió el gatillo. El tableteo desapareció, acallado por el estampido de las armas. Pero se oyeron varios gritos de dolor.

—Bravo, Jüp —exclamó Peter—. Cada día tienes mejor puntería.

Una silueta se movió a los lejos y Peter disparó la pistola por dos veces.

Junto a Stychel, Noraczewski se desplomó, alcanzado en un hombro. Stanislas se inclinó para recogerle. Era preciso sacar los heridos de allí antes de que llegaran las patrullas alemanas.

Un partisano tomó una granada y la lanzó con toda su fuerza sobre el coche. Hubo un estallido y los tres alemanes se pegaron contra el vehículo.

Peter alzó la cabeza para ver lo que había ocurrido. Jüp se retorció de dolor en el suelo. Peter, sin soltar la pistola, se inclinó hacia él, al tiempo que decía:

—Schulz, tome la ametralladora.

El capitán obedeció, disparando sobre los partisanos. Ritcher incorporó al soldado.

—¿Cómo estás, muchacho?

El soldado entreabrió los ojos.

—Me han fastidiado, mi teniente coronel. Pero me he llevado algunos por delante.

—No te muevas. Te curaremos.

Se incorporó Peter, arrojando al suelo el cigarrillo casi consumido. Varios partisanos, alcanzados por los disparos del capitán, yacían en el suelo. Ritcher disparó a su vez.

Un partisano se acercó a Stanislas.

—Avisan los centinelas que se acercan unas patrullas alemanas.

—Está bien. ¡Nos retiraremos!

Corrió la voz y los partisanos se alejaron, cargando con los heridos, mientras a lo lejos sonaban los silbatos de las patrullas enemigas.

Peter alzó la cabeza. El ataque ya había pasado. Sacó un cigarrillo y lo encendió, colocándolo entre los labios del herido.

—Un poco de calma Jüp. Ya están aquí y te curaremos.

CAPÍTULO VIII

QUIZÁS POR ÚLTIMA VEZ

Noraczewski se incorporó en el lecho, preguntando:

—¿Cuándo podré salir de aquí?

El médico, miembro también del Ejército Clandestino, sonrió.

—Pronto, no te alteres.

Stanislas acompañó al doctor a la puerta. Éste sonrió.

—Para el primero de agosto estará completamente bien.

Stanislas asintió, cerrando la puerta. Luego volvió junto al herido. El capitán rogó:

—Dígame la verdad, señor coronel.

—Que sí hombre. Que podrás acompañarnos. Aún faltan tres días.

Peter se llevó la mano a la visera al pasar el ataúd que contenía los restos de Jüp. Había muerto. Su ordenanza, el fiel compañero de sus horas de combate, había desaparecido para siempre. Fue su enlace cuando estalló la guerra y mandaba tan sólo una compañía. No quiso separarse nunca de él y entonces la muerte, la eterna compañera del soldado, se llevó al fiel Jüp. Lo que no consiguieron batallas de la envergadura de Moscú y de Dunquerque, lo logró una emboscada de partisanos.

Los tambores batían, mientras el féretro iba a ser enterrado. Las notas tristes y marciales de «Yo tenía un camarada» [12] se alzaron sobre el cementerio. Peter, firme, con la mano en la visera, se iba despidiendo de su hermano de armas.

Stanislas consultó el reloj. Eva se retrasaba. Se encontraba en el mismo restaurante donde solían citarse, y aunque tenía orden de no

salir a la calle solo, había acudido a encontrarse con ella. El capitán no salía de la cama y no quería que nadie más la conociera.

Se daba cuenta el joven de que quizás fuera peligroso que la muchacha cruzara aquellas callejuelas estrechas, excitados como estaban los ánimos. Podían tomarla por alemana y en los días anteriores había habido varios altercados. Pero no podía pasar más tiempo sin verla.

Se abrió la puerta y Eva entró en el restaurante sonriendo. El joven le estrechó la mano.

—Salgamos de aquí —propuso—. Está muy cargada la atmósfera.

Ella asintió y juntos salieron a la calle. Los edificios de la ciudad antigua estaban muy juntos, impidiendo el paso de vehículos. Se dijo Stanislas que allí sería fácil luchar contra las tropas alemanas.

Sintió de improviso que la mano de la muchacha se apoyaba sobre su brazo. Se volvió hacia ella, sonriéndole.

—¿Qué te pasa? —preguntó Eva—. Pareces preocupado.

Stanislas sonrió.

—No me ocurre nada.

Siguieron su camino en silencio, hasta llegar a otro restaurante, casi vacío. Un camarero de frac gastado les acomodó en un extremo de la sala.

Se miraron los dos en silencio, sonriendo. Eva alzó la mano hasta acariciarle la mejilla.

—¿Por qué no me dices lo que tienes?

El joven acentuó su sonrisa, negando con la cabeza.

—Es que no me ocurre nada. Todo son figuraciones tuyas.

El camarero les sirvió las consumiciones, ajeno a todo lo que no fuera su trabajo.

Eva le acarició la frente, al tiempo que decía:

—Pareces preocupado. Tienes una mirada fija, como si algo te obsesionara.

El joven movió la cabeza.

—Bueno, sí: me preocupa la guerra. No sabe nadie cómo va a concluir.

Ella sonrió.

—En esto no puedo aliviarte. Nada sé de guerras ni de cosas militares.

Stanislas asintió.

—De lo que me alegre mucho. Desde niño no hago más que tratar con asuntos bélicos. —Hizo una pausa y añadió—: Lo único verdaderamente importantes es que te quiero mucho.

Eva sonrió, acercándose a él.

—Yo también, cariño. Nunca había pensado en venir a Varsovia y no pude imaginar que iba a entregar mi corazón aquí.

Le estrechó la mano el joven y luego añadió:

—Pero me preocupa que...

Ella le cubrió la boca con las manos.

—No debe preocuparte nada. Nos queramos y somos felices. Lo demás no debe ni mencionarse.

Las horas pasaron lentamente entre ellos. Stanislas no podía apartar de su mente la idea de que era la última vez que se veían. En el plazo de tres días se alzarían en armas contra la guarnición alemana y combatirían hasta adueñarse de la ciudad. No podía pensar en ella hasta el momento de haber vencido. Durante las batallas que seguirían al levantamiento, muchas cosas podían ocurrir y quizás muriese. Pero era suerte de los soldados.

No pensaba decirle nada a Eva acerca del levantamiento, ni tampoco acerca del peligro que podía pasar. Ya se enteraría de lo que estaba ocurriendo.

En los tres días siguientes estaría muy ocupado para verla y debería concentrar toda su atención en, los acontecimientos que se avecinaban.

Pero la idea de que quizás, aunque ella lo ignorase, aquella entrevista fuese de despedida, le oprimía el corazón como una losa. Estrechaba con fuerza las manos de la muchacha, procurando dominar su inquietud. Tan sólo debía pensar en el trabajo que le esperaba. Sabía su importancia y no quería fracasar.

Al fin se dieron cuenta de lo avanzado de la hora y Eva advirtió:

—Sería conveniente que me fuera a casa. Es tarde y las patrullas alemanas piden la documentación.

Stychel asintió. Se puso en pie, dejando unas monedas sobre la mesa. Luego tomó a la muchacha del brazo y salió a la calle.

Siguieron avanzando un instante en silencio. Al fin el joven exclamó:

—Eva, yo debo salir de Varsovia. Te llamaré en cuanto regrese.

La muchacha asintió. El polaco volvió a decir:

—La guerra se acerca mucho a Varsovia. Si ocurre algo, sea lo que sea, refúgiate en la Embajada de tu país.

Eva le miró asombrada.

—¿Qué puede ocurrir?

Él se excusó:

—Si los alemanes se replegaran y quedara desguarnecida la ciudad, los indeseables se dedicarían al saqueo. Durante los bombardeos también es posible que lo hagan. ¿Me prometes que tendrás cuidado?

—Desde luego.

Habían llegado a las cercanías de la pensión donde ella vivía. La besó el joven en la mejilla y luego la vio alejarse, hasta perderse en las sombras de la noche. Debía triunfar cuanto antes para poder reunirse con ella. Quizás, se dijo, no volviera a verla nunca más. Hizo un esfuerzo, arrancando de su mente todo cuanto no fuera la sublevación que se avecinaba.

CAPÍTULO IX

LA NOCHE DEL 1 DE AGOSTO

Aquella noche, en muchos hogares de Varsovia, nadie durmió. Otros siguieron su vida como de costumbre, sin comprender lo que se avecinaba.

Pero en muchas casas se congregaron las mujeres y los niños en torno a las imágenes, rezando por los hombres que abandonaban sus hogares y marchaban a congregarse en la Stare Miasto.

Muchos sublevados no acudieron a sus casas, reuniéndose en bares y en tabernas de las cercanías.

Poco a poco las horas de la noche se fueron cerniendo sobre Varsovia, extendiendo las sombras sobre las estrechas callejuelas medievales. Algunos se ocultaron en la residencia de compañeros en espera del momento de acudir a la cita con la muerte y con la aventura.

En los centros de armamento, los centinelas se humedecían los labios, esperando repartir los fusiles y las ametralladoras a los comprometidos.

Los jefes estudiaban los planos y leían una vez más las órdenes, preparándose para cumplirlas.

Un silencio nervioso y amenazador se extendía por toda la Stare Miasto. Un silencio que presagiaba muerte y destrucción.

Las patrullas alemanas seguían su recorrido, fusil al hombro, mirando a un lado y a otro, siguiendo las órdenes severas que habían recibido.

En su piso, Stanislas, Dmowaki y Noraczewski fumaban en silencio, esperando, esperando.

Stychel recordaba a Eva una vez más, confiando en que pronto se volverían a ver.

Al fin, Dmowaki exclamó:

—Es la hora ya.

Salieron del piso, ciñéndose los impermeables. La noche imponía una prenda de abrigo. Los tres guardaron en los bolsillos las pistolas, disponiéndose a enfrentarse con el peligro.

A lo largo de toda la Stare Miasto los hombres comprometidos en la sublevación iban marchando hacia los puntos de reunión. Por las callejuelas angostas avanzaban en grupos de tres o cuatro, procurando esquivar las patrullas alemanas, y se dirigían hacia sus puntos de concentración.

A la hora fijada, las distintas unidades se habían reunido en las bocacalles que daban a la plaza del Mercado, a la de la Catedral y a la de Piekielko.

Entonces aparecieron los jefes de las fuerzas. Acudieron a pie, ya que por allí no podían moverse los coches, y se dirigieron hacia sus puntos de concentración. Mientras, en un almacén viejo, el general Bor-Komorowski, rodeado de su estado mayor, esperaba el momento de iniciar la batalla.

Al dar la hora señalada para el alzamiento, se oyó en las callejuelas del centro de la Ciudad Vieja un estentóreo «¡Viva Polonia!», y los sublevados, equipados ya con sus armas, cruzándoles las cartucheras los abrigos y los impermeables, avanzaron para ocupar los puestos estratégicos.

Los jefes, equipados como ellos, esgrimían sus pistolas, dirigiéndose hacia los lugares que era preciso conquistar. En los edificios vecinos a las tres plazas, los inquilinos contemplaban sorprendidos lo que sucedía.

Muchos se apresuraron a unirse a los sublevados.

En las callejuelas cercanas a las plazas mencionadas, chocaron las vanguardias de los sublevados con algunas patrullas enemigas.

Se cruzaron los disparos y estallaron las bombas de mano. Cayeron combatientes de uno y de otro bando, pero las patrullas se vieron forzadas a huir o desbandarse. Poco a poco, fueron desplegándose los sublevados por toda la Ciudad Vieja. Los puestos de policía y los destacamentos de tropas se vieron cercados por hombres armados que les tiroteaban furiosamente. Los jefes de los puestos telefonearon a sus superiores, informándoles de lo que sucedía.

Los jefes partisanos, en las casas previamente elegidas, fueron plantando ametralladoras y morteros, de modo que dominaran las callejuelas que llegasen hasta allí e impidiesen el avance a los alemanes.

Otros levantaban barricadas en los cruces de calles, construyéndolas con adoquines y con muebles sacados de cualquier parte. Allí se montaron asimismo ametralladoras, morteros y cañones ligeros, en espera del avance enemigo.

Los jefes iban ocupando las centrales telefónicas y eligiendo lugares para establecer hospitales y depósitos de intendencia.

De toda la Ciudad Vieja acudían voluntarios a engrosar las filas del Ejército Clandestino. En las partes de la ciudad a las que aún no habían llegado las fuerzas sublevadas, los voluntarios que no habían acudido a la cita esperaban el momento de unirse a sus compañeros.

Eran los destacamentos destinados a combatir contra los alemanes, atacándoles por la espalda, una vez hubieran llegado hasta allí las fuerzas sublevadas.

La marea armada se extendía, incontenible, por la ciudad, estremeciéndola con sus disparos.

El mando alemán, avisado por teléfono de lo que sucedía, se reunió en la Komandatur. El general Schellenberg congregó a sus subordinados, disponiéndose a hacer frente a la sublevación.

Todos se hallaban presentes, equipados con sus cascos de guerra y con sus armas. Tan sólo von Ritcher, con el casco sobre las rodillas y el cigarrillo entre los labios, parecía dispuesto a asistir a una recepción.

Schellenberg preguntó, ante todo:

—¿Se han cumplido las órdenes que yo di?

Los jefes se fueron poniendo en pie uno a uno e informando de que las unidades, al mando del segundo jefe, se habían ido replegando hacia las afueras. Los grupos cercados se batían desesperadamente, intentando resistir o abrirse camino. Varsovia se encontraba rodeada por un cordón de tropas alemanas.

Schellenberg explicó:

—Nos interesa, ante todo, mantener las comunicaciones por el Vístula y conservar en nuestras manos la estación del ferrocarril de modo que podamos seguir controlando la situación y disponer de rápidos medios de transporte. La central telefónica, en todo lo

posible, también nos interesa, para no perder contacto. De todos modos, las tropas de comunicaciones tenderán líneas telefónicas provisionales. Los polvorines se encuentran en nuestras manos, así como los hospitales. Que cada jefe se mantenga en su puesto, impidiendo el avance enemigo. Es preciso dominar la línea del Vístula y alejar a los sublevados de la otra orilla.

Ritcher se puso en pie.

—¿No vamos a intentar salvar a las tropas cercadas? Son soldados que están luchando y pueden esperar ayuda de sus camaradas de armas.

Schellenberg se pasó la mano por los ojos.

—No creo que sea posible. Usted, Ritcher, reforzará el sector de Praga, para impedir la conquista de la estación. Regresen cada uno a sus puestos de mando y mantengan la comunicación conmigo.

Saludaron los jefes, disponiéndose a partir. El general hizo una seña al joven.

—Peter —exclamó—, no creas que a mí no me duele abandonar a esos muchachos. Pero advertiremos a los sublevados que respeten la vida a los prisioneros.

—Si no cumplen, se acordarán de von Ritcher —dijo Peter, por primera vez alterado su sereno rostro.

CAPÍTULO X

AVALANCHA

Las fuerzas del mayor H se congregaron junto a una plazuela cercana a la calle Scelna. La brisa del río llegaba hasta ellos y veían los edificios que daban al Vístula.

El mayor H, un hombre de baja estatura y robusto, pasó revista a sus voluntarios y desplegó un numeroso grupo de vanguardia, armado con sus metralletas.

Avanzaron por la calle Scelna, pegándose a las paredes. Era fácil encontrarse con alguna patrulla alemana o con algún destacamento de tropas.

El camino estaba libre. Pronto distinguieron el río, con los lanchones amarrados a los muelles. Unos cinco policías alemanes montaban allí guardia, esgrimiendo sus fusiles. El jefe de la vanguardia hizo una seña y las armas comenzaron a ladrar. Dos policías se desplomaron sin vida, mientras los otros tres corrían a defenderse. Tronaron los disparos, mientras los sublevados se desplegaban por el muelle, asegurándose de que no había más adversarios. Los tres policías, parapetados detrás de unos fardos, luchaban sin esperanzas, pero tenazmente.

Otros grupos del mayor H habían entrado en los edificios que daban al Vístula y allí plantaron ametralladoras y morteros pesados, que dominaron todo el río. Podían alcanzar la orilla opuesta.

Cuando el mayor H con sus fuerzas llegó al muelle, los tres policías habían sido aniquilados ya.

El mayor señaló los lanchones más potentes e hizo plantar ametralladoras en la proa.

Mientras, otros se desplegaban por el muelle, disponiéndose a repeler cualquier ataque enemigo. Al otro lado del río se alzaban los

edificios de Nowe Miasto, reflejándose en el agua.

Aquella vía fluvial era el camino más rápido y más corto para transportar tropas y víveres de un extremo a otro de la población.

El mayor H quedó unos instantes indeciso. Había estudiado su plan de ataque una y otra vez, hasta conocer de memoria los más pequeños detalles y, sin embargo, entonces se encontraba indeciso. En los distintos intentos de conquistar la otra orilla del no, podría perder mucha gente. Contemplaba aquellos muchachos, llenos de entusiasmo, y de fervor, que quizás en breve morirían. Y tal vez todos cayeran por un error suyo.

Al fin les hizo embarcar en las lanchas y les ordenó que avanzaran. A su vez, el mayor saltó a una de ellas. Los que quedaban en la orilla les despidieron, agitando la mano, mientras desde los pisos agitaban las gorras en el aire.

Las lanchas se pusieron en movimiento, dirigiéndose hacia la orilla vecina. Los hombres, en el interior, se humedecían los labios al tiempo que acariciaban las armas.

Los lanchones que se encontraban más cerca detuvieron los motores y esperaron que el impulso los llevara hasta la orilla. De pronto, en los muelles se abrió un estruendoso fuego de fusilería. Las ametralladoras tabletearon, enviando hacia las lanchas sus cargas mortíferas. Los hombres se tendieron en el interior de las embarcaciones, esperando el momento de saltar a tierra. Algunos fueron alcanzados. Se vio cómo una barcaza, abiertos los costados por los disparos enemigos, zozobraba, al tiempo que sus ocupantes se lanzaban al agua.

Al fin, las primeras embarcaciones tocaron la orilla. Saltaron a tierra sus ocupantes. Se vieron las siluetas de los alemanes que acudían a la carga. Las armas ladraron y estallaron las granadas de mano.

Los sublevados atacaron con furia, tendiéndose unos en el muelle para poder disparar mejor. Poco a poco fueron afirmándose en el muelle. Las ametralladoras plantadas en las barcasas abrieron fuego.

Los hombres ya desembarcados comenzaron a extenderse por el muelle, batiéndose con los alemanes. Estallaban las granadas de mano y tableteaban los fusiles y las armas automáticas, mientras chocaban con frecuencia los combatientes. De improviso, un

numeroso grupo de paisanos armados acudieron al lugar de la lucha, atacando a los germanos por la espalda. Se trataba de las fuerzas de aquel sector, que se unían al combate, según las órdenes recibidas.

El mayor H distribuyó sus hombres y levantó barricadas, preparándose para defender el lugar conquistado. Era preciso no permitir que siguieran circulando lanchas alemanas por el río.

Mientras, nuevos voluntarios, no encuadrados en el Ejército Clandestino, iban acudiendo a los puestos y a las barricadas. Se les entregaban las armas de los alemanes capturados o muertos o se les enviaba a los puestos de mando, donde podían darles armas y encuadrarlos[13].

Las fuerzas del coronel «Mañana», un hombre hercúleo y sonriente, marchaban por la calle Miodewa, en dirección hacia la Nowe Miasto. Las fuerzas alemanas debieron irse replegando para no verse cercadas por los ataques de las dos columnas de voluntarios que amenazaban con cerrarles en una bolsa. El coronel «Mañana» fue avanzando por el antiguo barrio residencial, que en otro tiempo se levantó a extramuros, y capturando esquina por esquina y calle por calle. Pronto consiguieron establecer contacto con las tropas del mayor H.

El barrio de Cracovia[14] ofreció alguna dificultad.

El mayor «Noche», un hombre flaco y de aspecto sombrío, pero que sabía sacar mucho partido de las tropas que mandaba. Las calles que iban desde la Plaza del Castillo a la de Sajonia habían sido punto de concentración de las fuerzas de policía y de tropas que se hallaban paseando por la ciudad. Allí se batieron desesperadamente, retirándose en bastante orden hacia la Plaza de Sajonia[15]. Tras el monumento a José Pomatowski se situaron algunos grupos, dispuestos a morir matando.

El mayor «Noche» los fue aniquilando grupo por grupo, reduciendo su resistencia y limpiando las calles. Al fin, sobre el monumento de José Pomatowski se izó la bandera polaca.

La Nowy Swiat y la Avenida Ujazdow fueron difíciles de conquistar. El mayor Bolis, joven, bien plantado y decidido, fue maniobrando sus tropas por las anchas arterias y los jardines que las rodeaban. Desde allí, la lucha fue menos sencilla. Fue preciso cambiar de táctica y lanzar a los hombres hacia las viviendas de

modo que una vez conquistadas fueran disparando sobre la calle y obligaran a los alemanes a replegarse.

Lo más difícil fue la conquista de los Barrios Modernos[16]. Las calles amplias y desahogadas no ofrecían mucha protección a las tropas del coronel Wladimir. Debíó distribuir sus tropas en grupos reducidos y enviarlos al asalto, atacando a las tuerzas que les ofrecían resistencia. Las calles paralelas al Vístula se convirtieron en campo de batalla. Los sublevados tomaron los coches y los camiones que encontraron, convirtiéndolos en baluartes, de modo que pudieran ir avanzando bien protegidos.

Pero los alemanes no estaban dispuestos a ceder en aquel lugar donde combatían con cierta ventaja y se pegaron a las esquinas y las bocacalles, estableciendo un fuego cruzado de ametralladoras y de antitanques.

Una y otra vez se lanzaron los polacos sobre la última línea de resistencia, establecida por el coronel alemán, intentando forzarla, pero sin conseguirlo. El Barrio Moderno se convirtió, en una noche, en el campo de batalla más cruel de toda Varsovia.

CAPÍTULO XI

PRAGA

Bor-Komorowski paseaba nervioso, pero dominándose, por su improvisado cuartel general. Hasta él llegaban las llamadas de los jefes informándole de sus avances y de sus triunfos. Poco a poco, los ayudantes iban señalando sobre el gran plano de la ciudad los puntos alcanzados por los sublevados.

El general no alteraba su rostro frío y enérgico. Se daba cuenta que de momento se iban consiguiendo los objetivos deseados y que no era difícil que se venciera en la ciudad, dominándola por completo. Pero era una aventura que, como en todas, no se conocía el fin.

Muchos imponderables, que no estaban en su mano resolver, podían decidir la victoria o el fracaso.

Bor-Komorowski se acercó a sus ayudantes y comenzó a teclear en la mesa. Éstos le miraron, esperando alguna pregunta o algún comentario. El general se limitó a decir:

—Se ha cortado en parte la navegación por el Vístula. Pero nada sabemos del barrio de Praga. ¿Qué estará haciendo el coronel S. S.? ¿Qué estará haciendo?

Stanislas arrojó el cigarrillo al suelo y ordenó al mayor Dmowski:

—Puede avanzar el grupo de exploración.

Noraczewski, con el brazo en cabestrillo, se acercó, rogando:

—Déjeme mandarlo a mí, señor coronel.

Stychel negó con la cabeza.

—Te necesito a mi lado y no puedo tolerarlo.

Las fuerzas de Stanislas habían llegado a las inmediaciones del

Puente de Alejandro[17]. Desde los balcones y los edificios más altos, grupos de polacos hacían fuego de ametralladora y de fusil sobre el puente, cerrando el camino a las tropas alemanas. Asimismo, desde lugares previamente elegidos lanzaban morterazos, que les impidieran el avance.

Stanislas había estudiado a fondo aquel sector y había calculado las posibilidades de avance. Sabía que los alemanes entorpecerían la marcha y que un solo intento de avance sería detenido al instante.

Dmowaki situó una fuerte partida junto al puente, al otro extremo del cual se encontraban los alemanes, disparando sin cesar. Otros grupos se dirigían hacia el río, embarcando en lanchones. Había llegado el momento de iniciar el avance. Stychel hizo una seña. Las armas automáticas y los morteros recrudecieron su fuego, alargando el tiro para alcanzar tan sólo la otra orilla.

Mientras, los lanchones y las barcas comenzaron a cruzar el río, protegidos todos por las sombras de la noche.

Stanislas permanecía inmóvil junto a la balaustrada del puente, esperando que llegaran noticias de aquellos primeros grupos. Sabía lo que esto podía importar y le era necesario conseguirlo. Si no conquistaba la estación, pronto llegarían tropas de refresco a Varsovia y la sublevación concluiría en un terrible fracaso.

La noche impedía ver cómo las barcas se alejaban hacia la otra orilla y cómo las patrullas iban avanzando, desplegadas por el puente, pero el coronel sabía que sus hombres no iban a fallarle. De improviso se oyeron unos disparos al otro extremo del puente, así como un griterío que se alzó en la orilla opuesta.

Todos los sublevados se inclinaron hacia adelante, acariciando las armas. Quizás hubiera llegado el momento. El tiroteo aumentaba en intensidad, pero nadie podía saber lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, mientras los sublevados permanecían nerviosos en espera de lo que iba a suceder, se dieron cuenta de que el rumor de la batalla se iba alejando lentamente.

Un partisano llegó corriendo al encuentro de Stanislas.

—Señor coronel —dijo—, hemos conseguido establecernos en la otra orilla.

Stychel apoyó la mano sobre el hombro del enlace y se volvió hacia sus hombres, que se destacaban confusamente en las esquinas y junto al puente. Hizo una seña con el brazo y echó a correr por el

puede. Un vítor estruendoso se alzó a sus espaldas, mientras los sublevados se dirigían a todo correr en pos de su jefe o se lanzaban sobre las barcasas para cruzar el río.

Stanislas, pistola en mano, iba avanzando hacia el otro extremo del puente, donde seguían oyéndose disparos. Sus voluntarios le seguían, agitando los fusiles en el aire.

Al fin llegaron a la orilla opuesta. Stychel se volvió al río para mirar la corriente. Los grupos de barcasas se congregaban casi junto a la orilla.

Siguió adelante, alcanzando pronto a sus partisanos. Los alemanes habían sido arrojados de sus puestos y podían extenderse ya por la orilla.

Los refuerzos ayudaron mucho a los sublevados. Pronto comenzaron a extenderse por las calles y por las esquinas, atacando a los alemanes. Las barcasas habían depositado sus cargas de hombres, que corrían a unirse a los polacos ya apostados allí.

Las armas pesadas fueron transportadas en parte a la otra orilla, para seguir combatiendo. Poco a poco los grupos, bien dirigidos por Stychel, fueron desplegándose por la ciudad, en dirección a la estación.

El amanecer comenzaba a teñir de rojo el cielo, cuando los sublevados distinguieron los edificios grises y sucios de la estación. Un grito de entusiasmo se alzó de sus pechos.

Entre ellos corría la consigna:

«Un esfuerzo más y Hemos vencido».

A través de las calles, saltando de ventana en ventana y de patio en patio, sublevados y soldados se iban atacando sin descanso, en un continuo batallar.

Se desplegaron por una amplia y solitaria avenida, en dirección a la estación. Stanislas seguía de cerca las primeras vanguardias. Era preciso ocupar la estación del ferrocarril, eje de todas las líneas, para poder dominar la red de vías férreas que hasta allí conducían.

Sonaban los disparos y tableteaban las ametralladoras, esparciendo sus ladridos de muerte. Stychel vio cómo algunos destacamentos se acercaban hacia el vasto edificio gris, cubierto por la pátina de los años y por el humo de centenares de máquinas de vapor.

Los granaderos alemanes combatían desesperadamente, pero se

veían acorralados por los partisanos que saltaban sobre ellos desde las ventanas y por las tapias. Numerosos voluntarios salían de sus viviendas, tomando las armas de los muertos o de los prisioneros.

Pronto, se decía Stychel, habrían ocupado la estación. El amanecer esparcía su blanca luz lechosa por todas partes, dando a los contornos un aspecto fantasmal.

Hablan abierto ya una brecha en la defensa enemiga y las primeras vanguardias habían entrado ya en la estación. Se combatía en el interior de ella y pronto conseguirían dominarla.

De improviso se oyó un rumor de motores y se vio una columna de coches dotados de ametralladoras antiaéreas y de tanques medianos ligeros y de auto-ametralladoras que avanzaba en dirección a la estación ferroviaria.

Alguien anunció:

—Son las tropas de von Ritscher.

Casi antes de que se detuvieran los vehículos, saltaron los «cazadores»[18] a tierra, enarbolando sus armas, al tiempo que los tanques comenzaban a disparar y se dirigían sobre los sublevados.

Stanislas dio sus órdenes con rapidez. Era preciso sostenerse y evitar ser cercado por aquellas tropas audaces y aguerridas, acostumbradas a los golpes de mano y a las sorpresas.

La estación se convirtió en el eje del combate. Unos y otros batallaban para conservarla o para conquistarla, mientras el resto de las fuerzas se situaban en las posiciones que más les parecían apropiadas.

Stychel distinguió la silueta elegante de un oficial, con el cigarrillo entre los labios, que dirigía, sereno y tranquilo bajo las balas, el movimiento de sus hombres.

El empuje de los tanques y de los cazadores obligó a los sublevados a abandonar la estación, pero Stanislas había situado a los servidores de las máquinas y de los morteros de tal modo que no pudieron ocuparla los alemanes.

El combate siguió feroz, pero la estación quedó en terreno de nadie, sin que pudieran emplearla los alemanes y sin que pudieran inutilizarla los polacos. Ninguno de los dos podía considerarla suya y ninguno de los dos había fracasado. La lucha comenzó, enervante y cruel. Sin descanso, atacándose unos a otros con ferocidad.

Los víveres se repartían bajo el fuego enemigo y los heridos

debían ser atendidos bajo las balas adversarias.

Pero pasada la primera sorpresa, los dos bandos se dispusieron a resistir, hasta que uno se diera por vencido.

CAPÍTULO XII

UNA MISIÓN IMPORTANTE

Eva entró en el despacho del mayor Gentzel. El veterano sonrió, indicándole una silla.

La muchacha obedeció, al tiempo que encendía un cigarrillo. Hacía ya varios días que duraba la sublevación y nada se sabía de las operaciones. A diario continuaban los combates y las luchas en las calles, sin que nadie pudiera saber qué suerte les reservaba el futuro.

El mayor Gentzel se pasó una mano por la frente y sonrió de nuevo. A no ser por este ademán de fatiga, nadie hubiera podido imaginar que aquel hombre frío e impersonal, se sintiera preocupado por los acontecimientos.

—La sublevación —comenzó a decir— fue un éxito inicial del general Bor-Komorowski. Eso no se puede negar. Consiguió casi todos sus objetivos, pero no logró extenderse más. Sin embargo, en la actualidad ambos bandos nos hemos fortificado y seguimos disparando y luchando, para ver cuál de los dos domina al otro. En estos momentos, cuando la ofensiva rusa adquiere su mayor fuerza, esta sublevación puede ser definitiva para nuestras armas. Es preciso concluirla cuanto antes.

Eva asintió, esperando que el mayor diera la razón por la que la había llamado.

—Un punto muy importante es la estación del barrio de Praga. Si los polacos consiguieran emplearla, podrían traer hasta aquí grupos de partisanos del campo. Esto aumentaría sus posibilidades de triunfo. En estos momentos, ni unos ni otros la dominan, siendo tan sólo un objetivo para los dos.

Eva asintió de nuevo. Nadie podía imaginar la tensión en que

había vivido durante aquellos días, pensando siempre en Stanislas y en lo que podría ocurrirle. Sabía que aquel levantamiento era el fin de sus amores. Triunfara quien triunfara, deberían separarse definitivamente.

—El sector de Praga —continuó Gentzel— está defendido por las fuerzas del coronel S, S.

La muchacha, interesada, alzó la cabeza.

—¿Es que han conseguido identificarle? —preguntó.

—Sí, por fin lo hemos conseguido. Se trata de un viejo amigo suyo.

Eva parpadeó, asombrada.

—¿Quién es?

—Stanislas Stychel.

Le dio un vuelco el corazón a la joven.

—¿Están seguros? Nunca pude imaginar que fueran una misma persona.

Gentzel asintió.

—Ni usted ni nadie podía imaginarlo. Hay que reconocer la habilidad y la valentía de ese hombre. Supo engañarnos hasta el fin y fue él quién se burló de nosotros. Ahora es su prestigio y su capacidad como militar lo que sostiene el barrio de Praga. Sin él, habríamos podido ocupar la estación y expulsarles otra vez a Stare Miasto. —Hizo una pausa y añadió—: Existe un medio de lograrlo, y usted nos lo puede ofrecer.

Eva sintió miedo, sin saber la razón. Con la mirada invitó al mayor a que hablara.

—Usted puede llegar hasta el coronel Stychel y comunicarnos dónde está enclavado su puesto de mando. Sabemos que está muy cerca de lo que podríamos llamar primera línea. Una vez informados de esto, enviaríamos un grupo decidido a capturarlo. Así se vendría abajo toda la resistencia de Praga.

Eva se estremeció. Era ella, precisamente ella, la que debía entregar cautivo al hombre que amaba, a Stanislas. Pero Gentzel nada sabía de sus sentimientos. Ella se había ofrecido al Servicio Secreto y tenía un deber de cumplir, como un soldado en primera línea.

Las pupilas grises y frías del mayor la contemplaban. Debía dar una respuesta. La muchacha se sintió torturada por mil sentimientos

contradictorios Recordó a su padre y a sus hermanos, que combatían al frente de sus tropas. Pensó en todas las vidas que podía salvar. Sin embargo, no se decidía.

Era preciso que algo ocurriera para evitar lo que le pedían y que no podía rechazar, Gentzel preguntó de nuevo:

—¿Qué le ocurre?

Eva oyó cómo una voz, que no era la suya, le decía:

—Haré lo que pueda, mayor Gentzel.

Stanislas, en su puesto de mando, comía unas conservas que le habían traído del cuartel general. Sus ayudantes y los centinelas tenían igual comida que él. Sentados en el suelo, devoraban el rancho, con el fusil al lado.

Stychel se preguntaba qué sería de Eva y qué estaría haciendo en aquellos momentos. El jamás la olvidarla.

Junto a un tanque, Ritcher comía un bocadillo que le entregaba un ordenanza y apuraba un vaso de té caliente. El casco se ceñía bien a su cabeza de soldado. Estaba preocupado el teniente coronel por la suerte de la batalla. Pero debía reconocer que aquellos polacos eran buenos combatientes.

En el resto de la ciudad, la lucha continuaba con igual dureza e igual ferocidad. En torno al río y en las amplias calles de los Barrios Modernos, las armas rápidas y las bayonetas, junto con los cañones ligeros, accionaban sin descanso una y otra vez.

La sublevación continuaba, sin que nadie viera el modo de acabarla con rapidez.

CAPÍTULO XIII

BAJO EL MANTO DE LA GUERRA

El mayor Gentzel saltó del coche y ayudó a descender a Eva, La muchacha, arrebujaada en su abrigo, contempló las calles y los edificios, teñidos por la luz del amanecer, que se alzaban ante ella como fortificaciones militares. Distinguió las siluetas de los granaderos de su país, con el fusil entre las manos y los cascos bien sujetos.

Frente a ellos se encontraban los hombres de Stanislas combatiendo desesperadamente.

Gentzel repitió:

—Es mejor que no se dirija usted directamente al barrio de Praga. Por este sector puede llegar fácilmente a las líneas sublevadas, y una vez allí pida ver Stanislas Stychel. La conducirán hasta él.

Tendió la mano el mayor y añadió:

—Buena suerte, señorita.

La muchacha asintió y se fue alejando en dirección al lugar donde se encontraban los sublevados.

Con precaución, fue ocultándose en las esquinas y en los portales. No podían exponerse a que los polacos supieran que las tropas alemanas les permitían pasar.

Un partisano se acercó a Stanislas, diciendo:

—Señor coronel, una muchacha desea verle.

Stanislas alzó la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo ha dicho.

—Bueno, que pase.

Salió el partisano y poco después entró Eva en el puesto de mando. La muchacha contempló a Stanislas sin saber qué papel adoptar. Stychel se puso en pie y corrió hacia ella.

—Eva, ¿qué haces aquí? —exclamó, tendiendo las manos.

—No podía permanecer más tiempo separada de ti. Conseguí llegar a vuestras líneas y pedí que me trajeran a verte.

Los ayudantes habían salido y se encontraban solos. Stanislas la abrazó, atrayéndola hacia sí.

—No debía permitir que siguieras aquí, puesto que corres peligro.

Ella cerró los ojos y reclinó la cabeza en el pecho del hombre que amaba y al que iba a traicionar. Se arrepentía de encontrarse allí y sin embargo, nadie la había obligado a ingresar en el Servicio Secreto.

Stanislas le acarició el cabello, añadiendo:

—Temía no verte nunca más. No sé cómo concluirá esta lucha, que dura más tiempo del que debía. Hace ya quince días que comenzó todo.

Eva alzó las manos hasta acariciar el rostro del sublevado.

—Lo único que quería era estar a tu lado. No me importa lo demás. No hablemos del futuro. Tan sólo importa que estemos juntos y que por fin podamos esperar, uno al lado del otro, a que esto concluya.

Stanislas la besó, estrechándola con fuerza contra su pecho. Ella le rodeó el cuello con los brazos, como si pretendiera entregar su vida en aquel beso y borrar de este modo la barrera que les separaba.

Se daba cuenta de que cometía la traición más despreciable en una mujer. El mayor Gentzel ignoraba que Stychel la amaba, pero ella lo sabía. Sin embargo, había aceptado la misión que le encargaron. Pero ella era un soldado y sabía que los soldados no podían permitir que razones particulares se interpusieran en el camino del deber. Stanislas mismo lo había hecho así. ¿Pero qué diría aquel hombre sincero y decidido al enterarse de que ella aprovechaba sus sentimientos para venderle? Nunca creería en su cariño. Imaginaría que todo fue una artimaña para vencerle y apresarle.

Y nunca en su vida había sentido la muchacha un amor tan

fuerte y tan apasionado como el que la consumía por Stychel.

Stanislas la contempló sonriendo.

—Me alegro de tenerte a mi lado, pero prefiero que te alejes del peligro. Esto no es lugar para una mujer.

Eva negó con la cabeza.

—No consentiré que me apartes. He visto mujeres que cuidaban los heridos y que repartían víveres y municiones. Incluso hay algunas voluntarias.

—Pero ellas son polacas y tú eres extranjera. Nada tiene que ver contigo esta lucha.

La muchacha tardó en responder. No podía imaginar Stanislas que aquella lucha la envolvía a ella también, pero en el bando enemigo.

—Yo quiero estar a tu lado —murmuró.

Stanislas no respondió, limitándose a estrecharla contra sí, mientras en el exterior tableteaban las ametralladoras y tronaban los morteros.

Hacía ya varios días que Eva se encontraba en el campamento de los sublevados. La situación no había mejorado ni para los polacos ni para los alemanes. Ambos conservaban las posiciones que conquistaron los primeros días y tan sólo algunas bocacalles y algunos edificios cambiaban diariamente de mano.

La muchacha era ya una figura familiar para los partisanos. Acostumbrados a verla cuidar heridos y atender la comida, no se alteraban al verla pasar. En estos trabajos, Eva ponía todo su empeño quizás para cansarse y no ser capaz de pensar en lo que iba a hacer.

Había estudiado la situación y se daba cuenta de lo fácil que era llevar a cabo el golpe de mano. Stanislas había establecido su puesto de mando en un edificio de reducidas dimensiones, que perteneció al personal ferroviario. Tenía dos habitaciones y estaba lleno de herramientas que entregaron a los partisanos.

Se encontraba casi en la línea de fuego; una línea de combate que se extendía por bocacalles, tramos de vía y edificios ametrallados. No sería difícil, desde donde se encontraban las tropas, lanzar un ataque en masa y capturar al jefe. O bien enviar un pelotón escogido y conquistar la casa por asalto.

No sabía lo que pensaban hacer, pero ella no se apartaría de

Stanislas. Sentía sobre sí la mirada llena de ternura del joven, que ni una sola vez dejaba de mirarla.

Aún no había hallado medio de enviar su mensaje a las fuerzas alemanas, pero confiaba en hacerlo pronto.

Stanislas solía permanecer allí durante toda la noche, a excepción de cuando salía a dar su ronda.

Pero entre las nueve y las once se le encontraba siempre.

Eva prefería no pensar en el futuro. Sabía que su amor iba a morir asesinado por ella misma y esta certeza la desesperaba, con una honda congoja. No había medio de evitar lo que se avecinaba.

Stanislas se sentía dichoso y, a la vez, asustado al tenerla allí, junto al peligro. Pero quizás habría sido peor no tenerla a su lado y no saber qué le había ocurrido.

Le parecía que sabía luchar mejor y que tenía más lucidez para dirigir a sus hombres.

Mientras, la batalla de Varsovia seguía, cruel y feroz, sin que se viese el fin. De uno a otro extremo de la ciudad, los hombres se atacaban ferozmente, buscando el medio de triunfar. La población que no había intervenido en la lucha permanecía en sus hogares, esperando que todo concluyera. La vida se había paralizado. En las zonas ocupadas por los sublevados se repartía pan y víveres, sacados de los almacenes capturados. En la zona que ocupaban las tropas se hacía lo mismo, pero el fantasma del hambre comenzaba a extenderse sobre Varsovia.

CAPÍTULO XIV

CAMBIO DE MANDO

Un coche de campaña se detuvo delante de la Komandatur. El centinela de la puerta, con ojo crítico, se dio cuenta de que en el interior viajaba un personaje de importancia.

El ordenanza saltó a tierra y abrió la portezuela, cuadrándose con rigidez. Esto acabó de convencer al centinela de que el personaje que viajaba en el interior no era un cualquiera.

Un general salió del vehículo, dirigiéndose con paso decidido hacia la vivienda. Era un hombre joven aún, corpulento y fuerte. Su uniforme estaba limpio y bien cortado, pero conservaba señales del polvo del viaje. Sobre el pecho lucía varias condecoraciones, algunas de la guerra de 1914. Bajo la gorra galoneada se advertía un semblante colorado y de facciones enérgicas, destacando su mentón voluntarioso y sus pupilas fogosas.

Sus ayudantes parecían hombres tan decididos y tan endurecidos como él.

Respondió al saludo del centinela e informó al oficial de guardia que era el general Bach-Zelewski, que acababa de llegar del frente ruso.

Todos se estremecieron al oír el nombre del militar. Aquel soldado decidido y audaz estaba siempre en la línea de combate y dispuesto a seguir adelante, no importaba cuáles fueran las dificultades. Se había especializado en golpes duros y en situaciones difíciles. También era famoso su vozarrón cuando daba órdenes bajo el fuego enemigo.

Fue recibido por Schellenberg y su ayudante. Bach-Zelewski se cuadró, mostrando un oficio del Gran Cuartel General, en el que se le nombraba jefe de todas las fuerzas de Varsovia, a las órdenes de

Schellenberg.

—Mi general —continuó, con su manera de hablar algo brusca—, no vengo a sustituir a nadie, ni a estropear la labor de nadie. Espero órdenes.

Schellenberg no pudo contener una sonrisa ante aquel modo de hablar tan característico del jefe de tropas de asalto.

—La situación —comenzó a decir, acercándose al plano de la ciudad que pendía de la pared— no es halagüeña, pero tampoco es desesperada. Nos encontramos en un compás de espera, en el que no se ve una solución en un futuro próximo.

—Me han encargado en el Cuartel General que se aplaque pronto la sublevación. Esto hace difícil el envío de tropas al frente, y no es momento de retrasos. Los rusos siguen avanzando hacia la frontera polaca. Hace ya casi un mes que la sublevación estalló. ¿No es así, mi general?

Schellenberg asintió.

—Más o menos. Sin embargo, la dificultad está en que es difícil ir desalojando a los sublevados de sus puntos de resistencia, ya que hay que conquistar los barrios casa por casa. ¿Trae usted refuerzos?

—Tan sólo un batallón de tanques —respondió Bach-Zelewski— y un mortero del 65 [19]. Creo que con esto bastará.

Schellenberg dijo entonces:

—Supongo que estará usted cansado. Esta tarde podemos reunir el estado mayor y tratar de estos asuntos.

El recién llegado negó con la cabeza.

—Yo no estoy cansado, mi general. Podemos reunimos cuanto antes.

Dos horas después, todos los jefes de unidad se hallaban reunidos en la Komandatur. Se encontraban también el mayor Gentzel y el coronel Haller junto al general. Se encontraba también en la reunión un teniente coronel sonriente, con la cara tostada por el sol, que lucía la calavera de las tropas blindadas.

—El general Bach-Zelewski —comenzó a decir Schellenberg— tomará el mando de las fuerzas de la plaza. Debemos ante todo preparar un examen de la situación.

El jefe de estado mayor leyó un informe preparado con los partes de los distintos jefes de unidad, explicando cuál era la situación de las fuerzas contendientes. Bach-Zelewski escuchaba en

silencio, golpeando la mesa con un lápiz. Cada vez empleaba más fuerza para hacerlo.

El jefe tanquista, antiguo amigo de Peter, le dijo a éste:

—Se está enfureciendo. Acabará dando puñetazos sobre la mesa.

—Dicen que tiene muy mal genio —replicó Peter.

—Desde luego. Es terrible. Pero puedes estar seguro de que la sublevación quedará aplastada.

Al concluir, Bach-Zelewski se puso en pie.

—Por lo que acabo de decir, los dos puntos neurálgicos de la ciudad son el río y el barrio de Praga. Por tanto, hay que empujar a los sublevados al otro lado del Vístula y reemprender las comunicaciones fluviales. Luego es preciso expulsarlos de la estación, para que puedan circular libremente los trenes. —Se volvió hacia Schellenberg y añadió—: Si le parece bien, señor, realizaremos primero estas dos operaciones y después iremos presionando sobre la Ciudad Vieja hasta que se vean obligados a rendirse o hasta que sean aniquilados.

Schellenberg sonrió ante su fogosidad.

—Esto es lo que se ha intentado, sin éxito hasta ahora. Se pegan al terreno y resisten bien.

—Lo veo, mi general, pero creo que podemos emplear medios distintos de los empleados hasta ahora. Los tanques y los lanzallamas nos serán muy útiles. Esta lucha casa por casa y calle por calle se parece mucho a las que soportamos en Stalingrado y en la conquista de las fortificaciones de Sebastopol. Es preciso que las fuerzas de infantería sean flexibles y que luchen bien; algo parecido a nuestros paracaidistas y a los comandos enemigos. Pero también he podido comprobar que el hombre más valiente, capaz de asaltar a pecho descubierto un nido de ametralladoras, se siente atemorizado ante un lanzallamas. Será preciso proveer de ellos a los combatientes. Los tanques resultan casi invencibles porque constituyen un baluarte móvil al cual tan sólo se vence con cañones contra carros, de los que no es fácil que los sublevados dispongan en cantidad. De modo que, con estos medios, les iremos empujando hacia la Ciudad Vieja, y una vez allí les aplastaremos, empleando a Thor si es preciso —concluyó con un puñetazo sobre la mesa.

Peter sonrió, mirando al jefe de los «panzer». El mayor Gentzel se puso en pie y carraspeó, diciendo:

—Sería conveniente informar a los sublevados de que van a ser aplastados y que es mejor que se entreguen. Se podrían formar recintos para acogerlos, junto con toda la población civil que desee venir a nuestras líneas.

—Me parece bien —dijo Schellenberg, al ser consultado por Bach-Zelewski—. El coronel Haller se encargará de recibirlos.

—Mi general —continuó el mayor Gentzel—, tenemos confidencias dignas de crédito del lugar donde se encuentra el puesto de mando del coronel S. S., jefe de los sublevados en la zona de la estación. Hemos tomado fotografías aéreas para conocer bien la casa. El piloto que las tomó recibió varios disparos, pero salió ileso. Creo, a menos que usted opine algo distinto, que un pelotón bien elegido puede capturarlo y privar al enemigo de uno de sus mejores jefes.

Bach-Zelewski se volvió a Schellenberg:

—Si no se opone, mi general, creo que podría llevarse adelante esta medida. —Al asentir el superior, preguntó—: ¿Qué unidad podría encargarse de esta misión?

—El teniente coronel von Ritscher.

CAPÍTULO XV

DE NUEVO FRENTE A FRENTE

Se apuntaba el alba. Sobre los techos grises de la ciudad se anunciaba la aurora, mientras en las bocacalles y en las esquinas los hombres combatían y esperaban que continuara la batalla.

Peter se enfrentó con la patrulla de asalto de su batallón [20]. El segundo teniente que la mandaba saludó, diciendo:

—Sin novedad, mi teniente coronel.

Von Ritcher le hizo una seña para que bajara la mano, y luego explicó:

—Sabéis todos lo que se espera de vosotros. Habéis estudiado las fotografías y el plano del sector. Sabéis qué casa es la que debemos asaltar y también el hombre al que es preciso capturar o matar. Yo mismo mandaré la patrulla.

Entre los hombres de aquella unidad hubo un movimiento de satisfacción. Acariciaron sus metralletas y sus fusiles, hinchando el pecho. En el cinto lucían las bombas de mano y las pistolas. Ritcher tomó una pistola ametralladora y murmuró:

—Vamos.

El capitán Schulz le vio alejarse, humedeciéndose los labios. No temía que aquella operación concluyera en fracaso. Lo único que temía era que su jefe muriera en la lucha.

Avanzó la patrulla hacia los últimos puestos de centinela. Los «cazadores» sonrieron, murmurando:

—Buena suerte, camaradas.

Un sargento alzó la mano, sonriendo.

Peter contempló la estrecha callejuela al extremo de la cual se encontraban los polacos. Entre ambas posiciones se abría un solar. Con suerte, podían cruzar al otro lado sin que nadie lo advirtiera.

Von Ritcher hizo una seña y los hombres saltaron la valla, entrando en el solar. Habían abandonado sus armas pesadas y tan sólo conservaron aquellas que les podían ser útiles en el cuerpo a cuerpo.

El mayor Wagner, segundo jefe del batallón, se volvió hacia Schulz:

—Hay que disponerlo todo, y en cuanto oigamos la señal, atacaremos.

Peter avanzaba seguido por la patrulla. El segundo teniente marchaba a su lado en silencio. El casco y la pistola ametralladora hacían que Peter recordara sus primeros combates en los Países Bajos, cuando se inició la guerra.

Llegaron al otro extremo del solar. Un soldado, sin darse cuenta, golpeó una lata con el pie. En el silencio del alba sonó como un cañonazo. Peter hizo una seña para que todos se ocultaran. No lejos, una, voz preguntó en polaco:

—¿Qué ha sido eso, Sikorski?

—Nada. Me parece que sueñas —le respondieron.

Peter se acercó a la valla y miró al otro lado. Nadie se encontraba allí y cerca había otro callejón que conducía hasta la vía. Hizo una seña el teniente coronel y la patrulla saltó a la calle, dirigiéndose hacia el callejón.

Avanzaron por él en silencio. Con las armas montadas, se pegaban a las paredes para no ser sorprendidos. Procuraban pisar con cautela para no atraer la atención del enemigo. Llegaron al fin del callejón, distinguiendo la vía y, más allá, la tercera caseta de material.

Von Ritcher señaló el edificio. No había duda de que se trataba de él. A la puerta se veía un centinela embutido en una pelliza y con las cartucheras cruzadas sobre el pecho.

La pared quedaba en sombras y les permitía acercarse hasta los raíles del tren, pero debían ir reptando. Avanzaron, marchando Peter el primero. Al llegar junto a los raíles alzó la cabeza. El edificio se encontraba a escasa distancia. Su patrulla, entrenada como estaba, podía alcanzarlo y dominarlo antes de que llegara el resto de los partisanos.

Hizo una seña al sargento y éste tomó la bomba de mano, arrancándole el seguro. Luego la arrojó con fuerza sobre el

centinela.

Al mismo tiempo, gritó el teniente coronel:

—Vamos, muchachos.

Estalló la granada, derribando al centinela, pero los «cazadores» corrían ya hacia el edificio. La señal había sido dada y todo el batallón de asalto atacaría para salvar a su jefe.

Dos partisanos salieron de la caseta y el sargento se echó la pistola ametralladora a la cara, derribándoles de una ráfaga. Se encontraban ya ante el edificio. El segundo teniente se lanzó sobre una ventana, al tiempo que uno de los soldados golpeaba con la culata del fusil para abrirla. Peter, seguido por el sargento, entró en el puesto de mando.

Una débil luz eléctrica iluminaba la habitación. Alguien arrojó una silla, destrozándola. Pero en aquel momento se abrió la ventana, entrando la lechosa claridad del amanecer.

Peter se encaró la pistola ametralladora y disparó sobre dos partisanos que se encontraban ante él. De pronto vio a un hombre alto y fuerte que enarbolaba una automática.

Sonrió con ferocidad. Aquél debía ser el coronel S.

S. Para

cerciorarse, gritó:

—Stychel.

Stanislas se supo descubierto y se irguió, disponiéndose a hacer fuego. Le habían cazado y no quería huir.

En aquel preciso instante, Eva salió de la habitación contigua. Vio la escena, comprendiendo lo que iba a suceder y se abrazó a Stanislas, volviéndose hacia el oficial alemán. Éste había comenzado a hacer fuego cuando la muchacha se interpuso entre los dos hombres.

El cuerpo de la joven se estremeció, sacudido por el látigo de acero. Sus pupilas se entornaron, al tiempo que se aflojaban sus músculos. El oficial enemigo bajó la pistola ametralladora, contemplando con horror la escena.

Un grito estentóreo se alzó en las cercanías de la vía del ferrocarril. El batallón de asalto atacaba, precedido por los tanques.

Ante la actitud de los dos jefes, las tropas enemigas reunidas en aquel lugar no se dispararon, mirándose con sorpresa. Se oía el estruendo de la batalla. Entonces el capitán Noraczewski agarró al

coronel por el brazo, arrastrándolo hasta la otra habitación, Cerró la puerta, disponiéndose a huir por una ventana.

Stychel casi no tenía ni fuerzas para moverse, pero siguió a su ayudante. Todo había sido tan rápido, que se sentía como embotado. En toda la línea, las fuerzas polacas se veían atacadas por los alemanes, que empujaban hacia la estación del ferrocarril.

El mayor Wagner dirigía a sus hombres con pericia y con habilidad. Los tanques disparaban sin cesar, abriendo boquetes en los muros y derribándolos al cargar sobre ellos. Los «cazadores», en patrullas[21], iban asaltando los reductos enemigos y lanzando sus bombas de mano. Las metralletas y los machetes entraban en juego, expulsando a los polacos de sus reductos.

Poco a poco, las fuerzas iban asaltando los edificios hacia la estación del ferrocarril. Pero el coronel S. S., estaba a salvo y volvería a colocarse al frente de sus hombres.

CAPÍTULO XVI

MIENTRAS LA GUERRA CONTINUA

Noraczewski forcejeó con el coronel para apartarle del puesto de mando. Stanislas, aturdido aún, gritaba:

—¡Eva! ¡Eva!

El capitán llamó a otro partisano, indicándole que le ayudara a llevarse a su superior. Entre los dos consiguieron dominar a Stychel, que se debatía por volver al edificio. Al fin, el partisano enarboló la pistola, descargando un golpe en el cráneo del coronel.

Desvanecido, consiguieron apartarle de allí, mientras el mayor Dmowaki organizaba la defensa contra el avance desesperado del batallón de «cazadores».

Restablecidas las líneas, aunque lejos de la estación, que habían ocupado por completo los alemanes, los sublevados consiguieron detener, tras duras pérdidas y sangrientos choques, el ataque del batallón enemigo.

Stanislas recobró el sentido, encontrándose en un almacén abandonado. Tan sólo Noraczewski le acompañaba. El capitán comprendía cuál era el estado de ánimo de su jefe y amigo y no quiso que nadie le acompañara.

Stychel contempló, aturdido, el lugar donde se encontraban, sin que al parecer pudiera recordar lo que sucedía. De improviso sus pupilas se iluminaron y se puso en pie de un brinco.

—¡Eva! ¡Eva!

Noraczewski se acercó, murmurando:

—Valor, señor coronel.

Stychel se lanzó hacia la puerta, gritando:

—¿Por qué me has apartado de su lado? Quiero rescatar su cuerpo.

Noraczewski se interpuso, explicando:

—Debe usted pensar en sus hombres, señor coronel. A Eva los alemanes le darán sepultura.

Stanislas abatió la cabeza. Se daba cuenta de que, torturado por la muerte de Eva, estaba a punto de olvidar la misión que tenía sobre sus hombros. Era preciso no olvidar a los centenares de sublevados que confiaban en él. No podía traicionar la causa a la que se había entregado.

Pero su desgracia le envolvía con mallas invisibles, aunque irrompibles. Eva había muerto. Le parecía imposible que esto pudiera suceder. Unos minutos antes de que aquel oficial enemigo entrara en el puesto de mando, habían cenado juntos, charlando y riendo. Incluso Noraczewski había tomado parte en la conversación.

Stychel tenía la retina llena aún de la imagen de la muchacha alegre y dichosa. Tan sólo cierta melancolía en su mirada, que ella procuraba dominar, recordaba la situación en que se encontraban. Le parecía sentir aún su risa una risa libre de preocupaciones y de temores. Creía sentir aún el perfume de su cuerpo.

Y, sin embargo, Eva había muerto. Ya no era más que un cadáver inanimado, rotos sus músculos y apagada para siempre su risa, aquella risa que tanto amaba el coronel.

Desesperado, ocultó la cara entre las manos y dio rienda suelta a su pena, sin vergüenza de que le viera su ayudante.

Su congoja, al darse cuenta de que todo había terminado, de que jamás serían realidad los sueños que juntos trazaron, le venció por completo y rompió a llorar como un niño.

Noraczewski le contemplaba en silencio. El comprendía lo que debía estar sufriendo aquel hombre, ante cuyos ojos y sin que él pudiera evitarlo, había muerto violentamente la mujer que amaba.

El coronel permaneció ajeno a todo cuanto no fuera su dolor mientras comenzaba la operación ideada por el general Bach-Zelewski.

Lejos de Varsovia, más allá de las fronteras de Polonia, donde las tropas alemanas se batían desesperadamente para detener a los soldados rusos, la noticia de la sublevación de Varsovia se había extendido por todo el frente. Para los alemanes representaba un entorpecimiento que impedía la llegada de trenes de víveres y de municiones.

Los generales prepararon sus divisiones para repeler el ataque soviético, que imaginaban más duro a partir de entonces.

Sin embargo, en el cuartel general ruso...

El coche militar, seguido por una columna de camiones y de vehículos, avanzaba a lo largo de la carretera encharcada, mientras las columnas de infantería y de tanques avanzaban por el campo, junto al camino. La artillería y la caballería continuaban su marcha, entonando antiguas canciones.

Un motorista se detuvo junto al coche delantero y saludó, entregando un pliego. Luego se situó junto de la comitiva.

El hombre que viajaba en el interior del coche, un oficial alto y musculoso, con las sienes blancas, abrió el pliego, estudiándolo con atención. Aquel oficial era el mariscal Vatupin, jefe de las fuerzas rusas en la frontera de Polonia.

El mariscal estudió el escrito y ordenó al chofer que se detuviera. Luego, mientras le imitaban los coches de su comitiva, se acercó a un camión de transmisiones y pidió línea con Moscú. Habló unos instantes por teléfono y asintió.

El mariscal paseó unos instantes junto al coche, y volviéndose al ayudante, ordenó:

—Convoque a los comandantes de ejército.

Luego se volvió al coche, continuando la marcha. Aquella noche, mientras los sublevados se batían desesperadamente contra los ataques de Bach-Zelewski, se reunieron los altos jefes del ejército ruso.

Vatupin entró en la isba donde habían establecido su cuartel general y contempló los uniformes, de alto y anticuado cuello y de pantalones de montar, con botas lustradas. Sobre el pecho de aquellos hombres se alineaban las extrañas condecoraciones rusas.

—Generales —comenzó a decir el mariscal—, hemos recibido una orden que debemos cumplir.

Los oficiales alzaron la cabeza, contemplándole con curiosidad. Se veían hombres con el uniforme de aviación, con el de las tropas blindadas y con el gorro de piel de los cosacos.

—Esta orden es la de detenernos.

La noticia cayó como una bomba en la reunión militar. Todos se miraron asombrados. Un general alto y musculoso, con ojos oblicuos de mongol, se apresuró a decir:

—¿Detenernos ahora que podemos quizás romper el frente?

Vatupin asintió.

—Son órdenes superiores, de quien manda más que yo. Además, es preciso dejar que la sublevación de Varsovia sea aplastada antes de que continuemos. Entonces procuraremos volver a romper el frente.

Inmediatamente se cursaron las órdenes precisas y las tropas soviéticas se detuvieron, agrupándose en las posiciones más convenientes y manteniéndose a la defensiva, sin atacar ni un solo momento a los alemanes, que se encontraban en una situación crítica.

CAPÍTULO XVII

TENAZMENTE

—Una parte de nuestro objetivo está lograda —decía Bach-Zelewski—, pero aún nos falta lo más importante.

Los oficiales le escuchaban en silencio, esperando que continuara sus órdenes.

—Tan sólo hemos conseguido capturar la estación del ferrocarril, pero no expulsar a los sublevados del barrio de Praga. Sin embargo, debo rendir homenaje al teniente coronel von Ritcher, que en un admirable golpe de audacia ha conseguido su primer objetivo.

Todos se volvieron hacia Peter, que permanecía inmóvil, con las facciones contraídas.

—Creo que debe proseguir la lucha en aquel sector hasta hacer cruzar a los rebeldes el río o hasta aislarlos del Puente de Alejandro. Pero en el sector de Nowe Miasto y Stare Miasto es preciso limpiar las riberas del Vístula. Ambas operaciones se realizarán al mismo tiempo, pero con menor intensidad. La lucha en Praga debe continuar como hasta ahora, en sucesivos golpes de mano que vayan capturando grupos enemigos y edificios convertidos en fortines. Sobre la Nowe Miasto desencadenaremos una ofensiva.

Aquella misma tarde, las calles cercanas al río se vieron pobladas de soldados y de tanques. Algunas piezas de artillería de acompañamiento habían sido establecidas en las bocacalles y en las esquinas, de modo que apuntaran hacia las posiciones rebeldes.

A una hora determinada comenzaron a disparar sin descanso. Los edificios, convertidos en fortines, saltaban destrozados, aplastando a sus defensores. De vez en cuando, el fuego cesaba y se oían altavoces que advertían a los sublevados:

—Rendíos. No podéis triunfar y no conseguiréis más que hacer víctimas inocentes. Rendíos.

Luego seguía el fuego de la artillería. Pero los polacos se mantenían en sus puestos, dispuestos a defenderse como fuera.

Al fin, cesó el bombardeo enemigo y los carros de asalto iniciaron su marcha sobre los baluartes adversarios. Grupos de soldados, equipados con armas ligeras y con lanzallamas, les seguían, lanzándose sobre los reductos partisanos.

Comenzaron a tabletear las armas automáticas y estallaron las granadas de mano, mientras chirriaban las cadenas de los tanques y rugían los motores. La artillería de los monstruos blindados lanzaba sus salvas sobre los edificios. Los lanzallamas iban esparciendo sus oleadas de fuego, abriendo el camino a las tropas y ahuyentando a los sublevados.

Unidades de zapadores[22] avanzaban con sus cargas de dinamita, colocándolas en los reductos enemigos para volarlos.

Poco a poco las oleadas de granaderos y de zapadores, protegidos por los carros, hicieron replegarse a los sublevados hacia el río.

El mayor H había conseguido refuerzos y las tropas que le apoyaban se pegaban al terreno con tenacidad. Pero comprendió que si no conseguía detener el avance alemán se vería arrollado, quedando sus hombres inutilizados para continuar la lucha en las calles.

Acudió a la línea de fuego, animando a sus tropas. Iba de un lado para otro, exponiéndose de continuo, pero consiguiendo que los hombres mostraran mayor entusiasmo.

Había comenzado el mes de septiembre y el frío comenzaba a extenderse por toda la ciudad. Ramalazos helados llegaban desde la llanura hasta los combatientes.

El mayor H pudo distinguir las moles de los tanques que se alzaban sobre los escombros, rodeadas por los grupos de asalto. Los estampidos y las ráfagas de armas automáticas formaban un estruendo en torno suyo, obsesionante y enloquecedor.

Vio también cómo algunos combatientes huían, aterrados por la presencia de los tanques y de los lanzallamas, que iban abriendo el camino. Un edificio desde donde se defendían varios sublevados fue tomado por los zapadores.

Las tropas alemanas seguían su camino, incontenibles y arrolladoras.

Era preciso contenerlas. Dio sus órdenes y los voluntarios fueron acudiendo, estableciéndose ante las vanguardias enemigas, que cargaban furiosamente.

Entre los escombros y entre las ruinas se parapetaron los partisanos, montando sus ametralladoras y sus morteros. Ellos sabían que si aislaban a los tanques, aniquilando a los soldados que los acompañaban, sería más fácil combatirlos. Pero los lanzallamas y las granadas de mano no dejaban un instante de reposo.

El mayor H comprendió que tan sólo conseguiría que toda su unidad fuera aniquilada y que ni uno solo pudiera seguir combatiendo.

—Es preciso resistir basta que llegue la noche. Entonces cruzaremos el río nuevamente.

Los estampidos de la artillería se mezclaban con las cargas de dinamita que volaban los edificios. El tabletear de las ametralladoras indicaba el avance, que proseguía, con más lentitud, pero incontenible.

De improviso estalló un obús a corta distancia del mayor, y éste cayó, ensangrentado. Sus últimas palabras fueron:

—Que pasen el río al anochecer.

La lucha, continuó con mayor intensidad. Pese a la muerte del jefe, los polacos siguieron batiéndose con igual decisión hasta que cayó la noche sobre la ciudad.

Se habían reunido distintas lanchas en los muelles del río, y entonces las tropas fueron embarcando en los transportes, marchando hacia la otra orilla.

Poco a poco la Ciudad Nueva fue abandonada y los partisanos regresaron a la orilla de la que partieron. Todos sentían una enorme congoja. No parecía posible que todo pudiera terminar de aquel modo, y se repetían:

—Aun volveremos.

Sin embargo, sus voces carecían de la seguridad de unos días antes.

Al fin llegaron casi todos a la otra orilla, distinguiendo desde las barcasas cómo los tanques y los granaderos alemanes llegaban al muelle, del que habían huido.

Durante todo aquel día el coronel «Wladimir» consiguió detener el avance de los blindados sobre sus líneas. Por las amplias avenidas de los Barrios Modernos, los tanques avanzaban con soltura, evolucionando sin estorbos. Pero desde las casas vecinas y desde los edificios a medio derruir tiroteaban sin descanso a las tropas que seguían a los carros.

Éstas no descansaban ni un solo minuto. Continuamente asaltaban las viviendas, luchando habitación por habitación, hasta expulsar a los partisanos o aniquilarles. Los lanzallamas barrían sin descanso las habitaciones y los lugares donde resistían los partisanos. Los tanques disparaban a derecha e izquierda, sobre los edificios vecinos.

Al fin, el coronel Wladimir debió irse replegando con cuidado sin abandonar la vigilancia, para evitar que les desbordaran y consiguieran separar sus tropas del grueso del Ejército Clandestino.

Abandonaron con desesperación el Barrio Moderno, dirigiéndose hacia la Ciudad Vieja. Allí resistirían hasta la llegada de los rusos o hasta que fuera desembarcado el ejército de Anders desde Italia.

En las afueras de la ciudad se iban reuniendo los prisioneros capturados por los alemanes. Las tropas de policía custodiaban a aquellos hombres, en cuya aventura fueron abandonados.

Bor-Komorowski reunió su estado mayor.

—Debemos hacernos fuertes en la Stare Miasto, mientras podamos. No abandonaremos ni una pulgada de terreno más que cuando sea preciso. Esperemos la llegada de los aliados.

CAPÍTULO XVIII

ANILUAMIENTU

Mientras en todos los sectores y barrios de extramuros[23] seguía la presión incontenible de los alemanes, empujando a los partisanos hacia la Stare Miasto, en el barrio de Praga el batallón de «cazadores» se disponía a anular el reducto de las tropas del coronel S. S.

En el campamento de los alemanes, éstos paseaban junto a los tanques y los auto-ametralladoras, arma al brazo. Los coches equipados con ametralladoras antiaéreas también debían intervenir en el combate.

Los soldados de ferrocarriles trabajaban arreglando las vías para que todo pudiera seguir funcionando enseguida.

De pronto salió del puesto de mando la figura elegante del teniente coronel von Ritcher. Su semblante, pese a conservar la serenidad de costumbre, se veía como contraído, y en sus pupilas brillaba una mirada de desesperación.

Los soldados se miraron algo inquietos. Sabían que desde el asalto a la caseta enemiga su jefe se mostraba extraño. No preguntaban por qué, pero había circulado la noticia de la muerte de una mujer y quizás esto lo explicase todo.

Von Ritcher, con el casco bien sujeto y la pistola ametralladora bajo el brazo, contempló a sus hombres. Todo estaba dispuesto para el combate.

Hizo una seña y los vehículos avanzaron, desplegándose hacia el Puente de Alejandro. Peter, acompañado del capitán Schulz, saltó a un auto-ametralladora y partió, seguido por todo el batallón. Comenzaba de nuevo la lucha.

Los grupos y las patrullas avanzaban en pos de los carros

blindados, barriendo las defensas enemigas. Los auto-ametralladoras circulaban, cargados de «cazadores», por las calles más amplias, saltando sobre los cascotes y sobre los boquetes abiertos en el pavimento por la artillería.

Los coches armados con ametralladoras antiaéreas disparaban a cero, mientras los destacamentos ligeros asaltaban las posiciones adversarias.

Stanislas recibió la noticia del avance adversario. Desesperado aún por la muerte de Eva, que en ocasiones le parecía imposible, se puso en pie animando a las tropas que aún esperaban.

—Vamos a detenerles. Y se trata de von Ritcher, nuestro enemigo.

Los partisanos, arma al brazo y el ceño adusto, salieron a enfrentarse con el enemigo. Los dos bandos adversarios marchaban con la misma decisión y con sus jefes al frente.

La lucha se inició con ferocidad y continuó con dureza. Las patrullas alemanas saltaban por entre los escombros, lanzando sus ráfagas de pistola ametralladora y sus granadas de mano sobre los nidos adversarios y hundiendo las bayonetas en el cuerpo del enemigo.

Los tanques y los coches armados disparaban sin cesar, presionando continuamente hacia el río. Los rojos resplandores de los lanzallamas se alzaban por entre los edificios convertidos en campo de batalla.

Una y otra vez se lanzaron los «cazadores» sobre el adversario sin descansar. Los cadáveres quedaban tendidos entre los escombros. Los prisioneros eran apartados de la lucha, con las manos en alto.

Por una sola vez parecieron flaquear los partisanos. Un grupo de tanques se lanzó en cuña, seguido por las patrullas, sobre una calle amplia que les permitía evolucionar.

Aterrados, los polacos iniciaron una fuga hacia el Puente, sin pensar en otra cosa más que en salvarse. Stanislas fue avisado de lo que ocurría y corrió hacia aquel lugar, acompañado de su ayudante. Saltó del coche, un elegante vehículo encontrado en un garaje, y exclamó, dirigiéndose a los partisanos que huían:

—¿Queréis que os aplasten a todos? Defendeos, porque, si no, los tanques os achicharrarán.

Los hombres, animados por sus palabras, se detuvieron, al tiempo que él seguía hablando y animándoles a defenderse. Vio a corta distancia un edificio casi en ruinas y lo señaló, añadiendo:

—Desde allí los podremos parar.

Los partisanos se refugiaron entre las ruinas y entre los cascotes. Las paredes estaban a medio derruir, mostrando los boquetes abiertos por la artillería y por las cargas de dinamita.

Desde allí abrieron fuego sobre los carros que avanzaban. Los tanques se detuvieron, manteniendo sus disparos sobre el enemigo, mientras las tropas de infantería avanzaban a la carga. Se distinguía en el centro la figura de un oficial, elegantemente vestido. Stanislas creyó reconocer su figura.

Poco a poco los soldados alemanes iban avanzando hacia el edificio. Stanislas comprendió que era preciso resistir o retirar las tropas al otro lado del Vístula, y mientras permanecía en su puesto, fue organizando la retirada de otros sectores.

Al fin los «cazadores» alemanes cargaron sobre el edificio. Saltaron por encima de los cascotes y de los embudos, entrando por los boquetes abiertos en las paredes.

Stanislas tomó una metralleta y comenzó a disparar en torno suyo para defenderse. De improviso distinguió la figura de un oficial que entraba de un salto por una ventana, enarbolando la pistola ametralladora. Le reconoció enseguida. Era von Ritcher, el hombre que había matado a Eva. Se encaró la metralleta y comenzó a disparar sobre su enemigo. Los proyectiles levantaron nubes de polvo junto al oficial, pero no le alcanzaron. Peter permaneció inmóvil, sin hacer fuego, mientras el enemigo se replegaba.

Desalojados al fin del edificio, los polacos se replegaron por el Puente de Alejandro y por medio de barcazas hacia la otra orilla. Peter quedó encargado igualmente de aquel sector.

Encerrados ya todos dentro de la Stare Miasto, el general Bach-Zelewski inició el cerco. Los cañones y los tanques seguían disparando sobre las primeras casas de la otra orilla, mientras las tropas se preparaban a lanzarse a la conquista. De vez en cuando los altavoces repetían las palabras tan conocidas:

—Rendíos. No podéis triunfar y no conseguiréis más que hacer víctimas inútiles.

Entonces entró en acción el mortero de Thor. Comenzó a

disparar desde su plataforma sobre la Ciudad Vieja. Sus estampidos parecían estremecer toda la ciudad.

Poco a poco, las primeras calles de la Ciudad Vieja habían sido limpiadas de adversarios y las tropas germanas se lanzaron a su conquista. Consiguieron desembarcar en la otra orilla y ocupar las primeras casas. Allí se hicieron fuertes y continuaron la marcha, por entre las estrechas callejuelas, entre una lluvia de balas de desconocidos francotiradores que vengaban así su coraje al saberse derrotados.

Continuó la lucha. Casa por casa, esquina por esquina, los alemanes fueron conquistando la Ciudad Vieja, mientras el mortero de Thor descargado sus gigantescos proyectiles sobre la población.

Stychel seguía buscando a Peter en los combates. Tenía informes de que marchaba siempre al frente de sus soldados y de que les guiaba en los golpes mano, pero jamás volvieron a coincidir. Se decía el polaco que en una sola ocasión habían conseguido verse, y que él no pudo matarle, como era su deseo. Eva seguía sin ser vengada.

La operación de limpieza continuaba, machacando a los polacos que aún seguían defendiéndose pegados al terreno, se mantenían en sus posiciones, protegidos por las estrechas calles de la Stare Miasto.

CAPÍTULO XIX

ANTE LA REALIDAD

La lucha seguía con intensidad. Había concluido el mes de septiembre y en los montes comenzaba ya a caer la nieve. El aire frío se extendía sobre la ciudad en llamas, sin impedir, no obstante, que la lucha adquiriese cada vez mayor ferocidad.

Los bombardeos y las luchas en las calles continuaban intensamente. Los granaderos y los «cazadores» iban invadiendo poco a poco las estrechas callejuelas de la Stare Miasto, recibiendo los disparos de los francotiradores parapetados en los edificios.

Aquella, mañana del 1 de octubre de 1943, el general Bor-Komorowski se reunió en el sótano donde tenía emplazado su cuartel general, con sus ayudantes y con los jefes de su ejército.

Todos mostraban las huellas de la lucha sostenida.

Varios de ellos ostentaban vendas y heridas sin cicatrizar. Se advertía en sus rostros la expresión desesperada de los hombres ante la muerte, sin posibilidades de salvarse. Cansados, fatigados, con los nervios en tensión, se reunían allí para decidir la situación, en la que habían esperado triunfar.

Stanislas, mordido por el dolor, permanecía en un extremo, con la vista fija en el suelo. Dmowaki había muerto y Noraczewski se había hecho cargo del puesto. Muchos de sus hombres habían caído en los crueles combates y sus recuerdos atormentaban al coronel.

La imagen de Eva, tendida en el suelo, la seguía persiguiendo.

Bor-Komorowski carraspeó y contempló a aquellos hombres que le habían seguido en su lucha desesperada.

—Señores —dijo—, no necesito explicarles cuál es la situación en la que nos encontramos. Ustedes, al encontrarse en plena lucha, lo saben tan bien como yo. Sin embargo, hemos de decidir qué es lo

que se hace.

Los reunidos le miraron con inquietud. ¿A dónde pensaba llevarles el general?

—A pesar de nuestros éxitos iniciales, debido ante todo a la falta de ayuda exterior, nos encontramos reducidos a la Stare Miasto, que es bombardeada y barrida continuamente por el enemigo. Nuestros hombres caen o son capturados. Se nos acaban los víveres y las municiones. Creo que tan sólo nos resta una solución. Rendirnos.

Entre los oficiales hubo un momento de sorpresa. Stychel no pudo contenerse y exclamó, poniéndose en pie:

—¿Rendirnos? ¿Era para eso para lo que lanzamos a tantos hombres a la lucha? ¿Es que no vamos a seguir? Aún podemos vencerles y sostenernos.

Bor-Komorowski le contempló con cierta pena.

—Coronel, sé que usted daría su vida, y yo haría lo propio, con tal de mantener en alto nuestro pabellón. Pero tenga en cuenta que ya no podemos vencer y que es nuestra obligación evitar todas las víctimas innecesarias. Hemos sostenido nuestras posiciones hasta que ha sido humanamente imposible seguir adelante [24]. Si alguno de ustedes cree que existe algún medio de sostenerse y de continuar hasta haber vencido, estoy dispuesto a escucharle. De otro modo, hoy mismo enviaré una comisión al general Schellenberg.

Nadie se atrevió a responder. Stychel se cubrió la cara con las manos. No, no era posible que fueran derrotados. Debían rendirse nuevamente, como lo hicieron antes, cuando les invadieron por dos frentes a la vez. Y, sin embargo, comprendía que el general tenía razón. No quedaba otro remedio.

Stanislas contempló el Puente de Alejandro, por el cual avanzaba un grupo de uniformes alemanes, junto a una bandera blanca. Se volvió hacia los ayudantes del general y dijo:

—Ya vienen.

Por aquel puente, reflexionó el joven, los delegados del general Bor-Komorowski se dirigían a parlamentar con el enemigo, y era por aquel mismo lugar por el que él había soñado conducir a sus hombres a la victoria.

Los representantes polacos se reunieron con los alemanes en el centro del puente. Unos vestían sus uniformes, cubriéndose con los

capotes militares. Los otros vestían sus ropas de paisano, embutidos en los abrigos. Sobre las dos delegaciones ondeaban banderas blancas.

En una y otra orilla, los combatientes de ambos bandos contemplaban lo que sucedía, esperando el resultado.

El jefe de la delegación polaca saludó con una inclinación de cabeza.

—En nombre del general Bor-Komorowski, jefe del Ejército Polaco del Interior, venimos a negociar la rendición de las tropas.

El oficial alemán preguntó:

—¿Qué condiciones desean ustedes?

—Ante todo, el general desea que todos sus hombres sean considerados como soldados y no como francotiradores. También desea que sean respetados los habitantes de Varsovia que no han tomado parte en la lucha.

—Informaré a mis superiores de sus deseos —respondió el alemán.

Bor-Komorowski paseaba nervioso por su despacho. Era la única vez que aquel hombre bañado en serenidad había perdido la calma. De improviso, uno de sus ayudantes entró en la habitación.

—Los alemanes aceptan nuestras condiciones.

Komorowski se pasó las manos por la frente, como si sintiera un profundo alivio, y luego se volvió hacia sus ayudantes.

—Iré a firmar la rendición al despacho del general Bach-Zelewski. Él es quien nos ha vencido.

Se volvió hacia sus colaboradores y dijo:

—Deseo que hagan saber a los sublevados que les felicito por su comportamiento. Que todos y cada uno de ellos han cumplido con su deber. Merecían mejor suerte, pero no les he sabido conducir a la victoria.

Luego tendió la mano a sus ayudantes. Éstos estrecharon la diestra de aquel hombre sereno y frío. Luego, seguido tan sólo por un oficial, se encaminó hacia el Puente de Alejandro. Stychel, demudado aún, le vio pasar, con la cabeza alta, embutido en su abrigo y cubriéndose con un sombrero oscuro.

Avanzó con una bandera blanca hasta el otro extremo del puente, donde le esperaba un oficial alemán con un coche. Subieron a él, dirigiéndose a la Komandatur. El general no despegó sus labios

durante todo el trayecto.

Al llegar a la Komandatur saltó a tierra y entró en el despacho donde le esperaban Schellenberg y Bach-Zelewski. Ambos se cuadraron, inclinando la cabeza.

—Creo que está bien claro el motivo de mi visita —dijo en alemán—. Deseo concluir cuanto antes.

Schellenberg le mostró un oficio escrito en alemán y en polaco. Bor-Komorowski lo leyó atentamente y luego lo firmó, sin despegar los labios.

—Mi ayudante dará la orden de que dentro de una hora se entreguen los sublevados.

Bach-Zelewski se acercó entonces hacia el otro. Aquellos dos hombres, tan distintos entre sí, fogoso y audaz uno, frío y sereno el otro, se miraron un instante. Al fin, Bach-Zelewski dijo:

—General, así como creí mi deber luchar contra usted con todo mi entusiasmo, ahora, de soldado a soldado, puedo decirle que le admiro y que considero a sus hombres como una de las mejores tropas con las que me he encontrado.

Bor-Komorowski se inclinó, agradeciendo desde lo más íntimo de su corazón aquel elogio que de sus tropas hacia el general enemigo que les había derrocado.

CAPÍTULO XX

FINAL DE UNA AVENTURA

A la hora convenida, según la orden de Bor-Komorowski que transmitió el ayudante, el Ejército Clandestino Polaco se entregó. Algunos, al enterarse de la noticia, intentaron huir, abandonando Varsovia, para unirse a los partisanos que aún merodeaban en el campo, dispuestos a continuar los sabotajes y las luchas clandestinas. De éstos, la mayor parte consiguieron su objetivo, pero algunos fueron capturados por los alemanes.

El resto, con sus jefes a la cabeza, fueron entregándose y rindiendo las armas.

Por las callejuelas del Stare Miasto avanzaron las patrullas alemanas, dirigiéndose a los puestos de mando de los sectores. Los jefes les esperaban silenciosos y con las facciones contraídas. De vez en cuando aún sonaba algún disparo aislado, pero la inmensa mayoría de los partisanos esperaban, arma al brazo, el momento de la rendición.

Las patrullas alemanas fueron extendiéndose, mientras las tropas sublevadas se entregaban, rindiendo las armas y formando una extensa columna que se dirigía hacia la zona de la Komandatur.

Silenciosos, derrotados, pero no vencidos, los partisanos marchaban, custodiados por la policía alemana, hacia las zonas de concentración, para ser enviados a los campos de prisioneros.

Por el puente de Alejandro avanzaron las tropas de von Ritscher hasta el puesto de mando del coronel S. S.

Peter se acercó a la casa, medio derruida, y preguntó:

—¿Dónde está vuestro jefe?

Stychel salió de la choza, contemplando a su adversario, Sus labios temblaron un instante, y luego respondió:

—Yo soy.

Peter y Stanislas se miraron con fijeza. Ambos aparecían extenuados, tanto física como moralmente. Pero la mandíbula del alemán, victorioso, se alzaba con orgullo, mientras que las pupilas del polaco contemplaban al otro con odio y con furia.

—Espero la rendición de sus fuerzas. Soy el teniente coronel...

—Von Ritcher —interrumpió el otro.

Peter asintió.

—Exactamente, coronel Stychel.

Se miraron de nuevo sin alterarse, al parecer. Ambos sabían que el otro no ignoraba quién era su interlocutor.

—Conoce ya las cláusulas de la rendición firmada por el general Bor-Komorowski Espero que las cumpla.

Stanislas dudó un instante, como si no supiera qué hacer. Luego se volvió hacia Noraczewski y ordenó:

—Que comience la rendición.

Ante las tropas allí reunidas fueron avanzando los polacos y entregando las armas. Luego se reunían en grupos, y al ser éstos numerosos, eran conducidos al otro lado del río. Stanislas y Peter se miraban en silencio, sin esperar que ninguno de los dos hablase.

De improviso, desde una ventana cercana partió un disparo que derribó a un soldado alemán. Los «cazadores» se echaron las armas a la cara, disponiéndose a repeler la acción, mientras unos cuantos encañonaban a los prisioneros y a los partisanos que se iban entregando. Peter les detuvo con un ademán, indicando:

—Id a buscar al que ha disparado. Los demás no tienen la culpa.

Una patrulla subió al edificio, mientras a una seña de von Ritcher seguía la rendición. A lo lejos aún sonaban disparos aislados. Las patrullas alemanas avanzaban por las callejuelas con las armas montadas, ocupando las posiciones abandonadas por los partisanos en la rendición.

En algunos puntos, los rateros y maleantes se lanzaron sobre los edificios en ruinas, confiando en el desbarajuste que se había formado en aquellos momentos. Las tropas alemanas, ayudadas en algunas ocasiones por los partisanos, persiguieron y detuvieron a los maleantes.

Al fin toda la columna de Stanislas quedó desarmada y capturada. En grupos era trasladada al otro lado del río, para ser

internada. Noraczewski y otros oficiales habían entregado ya sus armas y se disponían a marchar. Tan sólo faltaba Stanislas.

Peter se volvió hacia él, tendiendo la mano.

—Coronel —dijo—, sus armas.

Un ramalazo de cólera brilló en las pupilas de Stanislas y se llevó la mano al pecho, empuñando una pistola. Oprimió el gatillo, disparando a boca de jarro sobre su rival. El proyectil pasó, inofensivamente, por el costado del joven. Peter se abalanzó sobre el polaco, desarmándolo.

Los «cazadores» se volvieron, buscando al autor del disparo.

—Debe ser algún francotirador —dijo von Ritcher. Luego ordenó a Stanislas—: Venga conmigo.

Solos, entraron en el edificio. Stychel contempló con odio al joven militar y, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó:

—¿Por qué no me mata?

—He ocultado que era usted quien había disparado —dijo von Ritcher.

Stanislas apretó las mandíbulas.

—¿Es que quiere matarme con sus propias manos?

Peter sonrió amargamente.

—Lo hubiera hecho ya. Usted me ha dado motivos que me justifiquen ante mis jefes. Ha atentado contra mí después de la rendición.

Desesperado, Stychel gritó:

—¡No quiero deberle a usted ningún favor!

Peter, sin alterarse, preguntó:

—Hace unos días usted intentó matarme en un combate. Entonces tenía una explicación. ¿Por qué quiere hacerlo ahora?

Stanislas se humedeció los labios.

—Por el mismo motivo. Entonces no fue una casualidad, ni un azar de la guerra. Disparé contra usted sabiendo quién era, porque deseaba matarle.

Peter preguntó calmamente:

—¿Quiere decirme la razón?

Stychel le contempló un instante y luego dijo:

—Usted mato a una muchacha. Y yo la quería.

Pausadamente, respondió el alemán:

—Yo también la quería.

Stychel se revolvió furioso contra el otro.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha oído. Yo también la quería, porque era mi hermana. Stanislas le contempló, asombrado.

—¿Su hermana? Pero si ella era suiza.

Negó con la cabeza el otro.

—No, Eva von Ritcher era alemana como yo. Cuando estalló la contienda se ofreció al Abwehr. No supe más de ella, a excepción de alguna carta, hasta que la vi en Varsovia, hace algún tiempo. No volví a saber nada más. Luego me enteré que la habían enviado para localizar el puesto de mando del coronel S. S., de modo que pudiéramos capturarlo.

Stanislas dio un paso al frente.

—¿Por qué injuria su memoria?

Peter movió la cabeza con pesar.

—¿Injuriar su memoria? ¿Pero no se da usted cuenta de lo que significa? Ella sabía que iban a asaltar el puesto de mando y se colocó ante usted para servirle de escudo. Primero cumplió con su patria y con su deber. Luego cumplió con usted, porque ella también le quería. Yo no pude evitarlo, apareció cuando ya había apretado el gatillo y no pude, detener la ráfaga. Me di cuenta en aquel momento. Ella quería morir con usted, si algo le sucedía.

Stanislas abatió la cabeza. Permaneció unos instantes silencioso, y luego exclamó:

—Así todo es distinto.

Peter asintió.

—La hemos enterrado ya. Dentro de poco partiré para el frente ruso. Iré por última vez a depositar flores en su tumba. Si quiere, lo haré también por usted.

Stanislas asintió. Luego tendió la mano a Peter que la estrechó en silencio.

Desde la ventana, contempló von Ritcher cómo Stychel se unía a una columna de prisioneros y se alejaba por el Puente de Alejandro.

FIN

¡Una colección única!

MANUALES CISNE

Temas para todos los gustos. Tenga siempre a mano esta simpática colección que le ayudará a resolver infinidad de problemas.

«Cuentas ajustadas, cambios de monedas, cubicación, centenares de modelos de cartas para todos los gustos y necesidades, tratamientos, instancias, recetas de cocina, cría de aves, refraneros, crucigramas, jeroglíficos y pasatiempos, ajedrez, atletismo, juegos de cartas españoles y extranjeros, juegos de manos, ¿piensa usted casarse?, plantas medicinales, cómo cuidar sus dientes, la filatelia, lucha libre, El electricista casero, La fotografía, La salud por la gimnasia, Canari-cultura, etc., etc.

**Volúmenes pulcramente
presentados en tamaño
cómodo y manejable**

a 4 pesetas ejemplar

VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL
CISNE

EXCLUSIVA
GERPLA
Unión, 41-Barcelona

**AHORA YA NO NECESITA USTED
PEDIR NOVELAS PRESTADAS...**

Usted puede reunir en su casa y formar
la más completa Enciclopedia por un
precio irrisorio.

La

ENCICLOPEDIA PULGA

en sus cómodos volúmenes publica las
más famosas obras de la literatura, bio-
grafías, ciencias, arte, viajes, etc., etc.,
condensados en 64 páginas con un pro-
medio de 60.000 espacios que representan
una economía cinco veces más económi-
ca comparado al precio de una novela
corriente de cinco pesetas.

Cada volumen de

ENCICLOPEDIA PULGA

solamente le cuesta 1'50 pesetas y se
vende en todas las librerías y quioscos.

Exclusivas

GERPLA

Unión, 21 - Barcelona

GRÁFICAS GUADA, S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona

NOTAS

[1] Ciudad Vieja. < <

[2] Al estallar el conflicto polaco-germano, una noticia oficiosa circuló entre los hulanos de Polonia. Se dijo que los tanques alemanes eran de cartón piedra y los bravos jinetes se lanzaron a la carga en varias ocasiones, consiguiendo algunos alcanzar los blindados y romper su lanza contra los vehículos. De este modo criminal fue quemado inútilmente el valor de los lanceros polacos.

< <

[3] En las fuerzas aliadas desembarcadas en Italia, figuraba un cuerpo de ejército polaco mandado por el general Anders. < <

[4] Comandancia militar alemana. < <

[5] Servicio secreto alemán. < <

[6] Según el derecho internacional, los francotiradores (civiles que atacan a un ejército) deben ser condenados a pena de muerte. < <

[7] Cuerpo de ejército polaco, a las órdenes del general Anders, combatía en Italia, encuadrado en las tropas inglesas de Alexander.

< <

[8] El barrio de Praga es donde se encuentran, al otro lado del Vístula, las estaciones ferroviarias. Está unida al centro de la población por cuatro puentes. Se alza en la orilla derecha del Vístula. < <

[9] Con excepción del general, todos los jefes de: Ejército Clandestino tenían contraseñas en vez de nombre, para evitar ser identificados por la policía. < <

[10] «De la miel», en polaco. < <

[11] «Nuevo Mundo», en polaco. Es una de las grandes arterias de Varsovia y fue antiguamente arrabal de extramuros. Se halla bordeada de jardines. < <

[12] Marcha fúnebre de las fuerzas armadas alemanas. < <

[13] El número de fuerzas con que contaron los sublevados de Varsovia llegó a alcanzar la cifra de 50 000 hombres. < <

[14] El barrio de Cracovia se encuentra en la Ciudad. Vieja, entre la Plaza del Castillo y la de Sajonia. La Ciudad Nueva era el barrio residencial, fuera de las murallas que se fue poblando. No es ni mucho menos la ciudad moderna, que se llama Barrios Modernos y. Barrios Occidentales. < <

[15] La Plaza de Sajonia es una de las más antiguas de la ciudad, antiguo centro de ella. El monumento a José Pomatowski debió esperar más de setenta años a ser colocado, pues las autoridades rusas lo impedían. < <

[16] Los Barrios Modernos se extienden de la Plaza de Sajonia hasta la Plaza de Mokotow, a lo largo de la calle Marszalkowka, que tiene tres kilómetros de largo. Esta calle es el eje de los barrios cuyas calles están trazadas paralelas al río. < <

[17] El puente de Alejandro tiene 508 metros. < <

[18] Nombre que recibían en Alemania las tropas especialistas y de asalto. < <

[19] Mortero de

65 cm,

apodado Thor (antiguos dios de la guerra germánica), que se había empleado tan sólo durante el asedio de Sebastopol, para derruir sus ciclópeas fortificaciones. < <

[20] Equivale a la sección de destrucción y asalto. < <

[21] Un sargento y diez hombres. < <

[22] En el ejército alemán los zapadores constituían tropas de asalto, que avanzaban en vanguardia abriendo el camino en las zonas fortificadas. < <

[23] Se llaman extramuros en Varsovia a todos los barrios situados más allá de la Ciudad Vieja, antiguamente rodeada de murallas.

< <

[24] La sublevación de los voluntarios del general Bor-Komorowski en Varsovia duró exactamente 63 días. < <